



EL ARMA SIN LIMITES

CLARK CARRADOS

CLARK CARRADOS

EL ARMA SIN LÍMITES

Ediciones **TORAY**

Arnaldo de Oms, 51-53
BUENOS AIRES

Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA

Depósito Legal: B. - 35.802 -1970

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

El sonido de aquella carcajada era hiriente, desagradable.

— ¿Casarme yo contigo? Andrés, ¿es que te has creído que estoy loca?

Andrés se puso pálido.

— Lily, yo creí que…

— No sé cómo te has hecho esas ilusiones, Andrés. Jamás se me hubiera podido ocurrir que quisieras casarte conmigo.

— Lily, mi situación no es tan mala…

— No es la situación, hombre, sino tú. No me gustas ni me gustarás nunca, ¿lo entiendes?

Andrés se mordió los labios.

— ¿Es tu última palabra, Lily? —preguntó.

Ella hizo un gesto desdeñoso con los hombros.

— Si quieres, podemos ser buenos amigos… —sugirió.

Andrés movió la cabeza negativamente. Luego se puso en pie.

— Gracias, Lily —contestó con sobriedad.

No lejos de aquel lugar sonaban risas juveniles. Eran los amigos de Lily, chicos y chicas, que celebraban una pequeña fiesta en el jardín de la residencia de una de las muchachas.

— ¿Te vas, Andrés?

— Sí.

— Bueno, yo no he querido herirte, pero…

— Es inútil que busques disculpas, Lily. Adiós.

Andrés se dirigió hacia la salida. Cojeaba ligeramente al andar.

Tenía que dar la vuelta a un seto. El grupo se hallaba al otro lado. Lily se reunió con ellos.

Era la más hermosa, la más simpática, la más desenvuelta, la más inteligente…, pero también la más egoísta y la primera admiradora de sí misma.

— Lily, mucho ha durado tu secreteo con Andrés —dijo una de las chicas.
— ¿Te ha contado alguna aventura interesante? —preguntó un muchacho.
— No. ¿Sabéis qué era lo que quería? —dijo Lily.
— Cuenta, cuenta —pidieron varios a la vez.
— ¡Me pidió que me casara con él!
Estalló un alud de carcajadas.
— ¡No!
— ¡Increíble!
— ¡Ese adefesio!
— ¡Es cojo!
— A veces, según lo mires, es bizco.
— Y hay que ver lo desgarbado que es…
— ¿No estará loco, Lily?
Las risas se repitieron. A Andrés, el corazón le sangraba.
Abandonó silenciosamente la residencia, subió a su coche y regresó a casa.
Algunos de los comentarios eran ciertos. Debía de haberse vuelto loco, para atreverse a pedirle a la hermosa Lily que se casara con él.
Entró en el piso y se dirigió al espejo de un armario ropero. Se contempló durante unos minutos en el vidrio azogado.
Aquellos muchachos tenían razón. Era feo y desgarbado. Quizá exageraban en lo de su estrabismo, pero no cabía la menor duda de que era cojo. Aquel estúpido accidente de años atrás…
Tendría que olvidar a Lily. Había sido tan sólo un sueño que se había deshecho súbitamente, como una pompa de jabón. ¿A qué seguir pensando en ella?
Dejó el dormitorio y se dirigió a su estudio. Allí, sobre la mesa, estaba el dibujo que había dejado a medio realizar, para asistir a la fiesta en donde sus ilusiones se habían disipado de modo tan cruel.
Sentóse en el taburete y contempló los trazos realizados. Aquello era su vida, una vida de ficción, de mentiras, pero agradable, porque se evadía, soñaba y vivía las aventuras de sus héroes espaciales.
Él era el aventurero del espacio que cabalgaba a bordo de una velocísima astronave al rescate de la bella heroína, en poder de un villano poderoso, armado con las armas más fabulosas que se

conocían, todas las cuales eran destruidas por su arrojo y valentía. Y, al final, la heroína, rendida, caía amorosamente en sus brazos, mientras la guarida del villano volaba, con todos sus cómplices, destruida por una explosión cósmica.

Mataba animales fabulosos y recorría planetas hostiles y mundos maravillosos. Hermosas mujeres desfilaban ante él, entregadas de antemano, tanto a su valor como a su sonrisa cínica y desenvuelta y a su increíble desprecio a los peligros. Feroces esbirros le tendían salvajes acechanzas, pero salía indemne de todas las emboscadas y, al fin, lograba el amor de la más bella.

Como aquélla que tenía dibujaba en una de las viñetas de la historia gráfica que estaba ilustrando. Alta, de senos de diosa, cintura de avispa y caderas de ánfora, cubierto su cuerpo de Venus con una sucinta vestimenta y una mirada de súplica en sus bellos ojos. Pero no, se dijo, mientras agarraba la goma de borrar; resultaba un poco opulenta. Había que rebajar curvas; sin perder un ápice de su feminidad, la protagonista quedaría más hermosa al acentuarse su esbeltez.

El cabello flotante y los brazos extendidos en actitud de súplica… Andrés se había olvidado ya de Lily. La hermosa protagonista estaba en gravísimo riesgo y era preciso salvarla. ¿Cómo?

Tenía que hacer algo o la muchacha caería en manos de sus perseguidores. Estaba perdida en una selva en la que abundaban los monstruos de pesadilla y donde largos tentáculos de gigantescas plantas carnívoras buscaban su cuerpo.

Andrés estaba de nuevo en su ambiente, viviendo una aventura con su lápiz. Pero la chica se encontraba desarmada y sola en aquella selva terrorífica y no llevaba encima un mal cortaplumas. ¿Quién la rescataría de tan peligrosísima situación?

Por cierto, ¿quién y por qué la perseguía? Andrés buscó el guión para orientarse. Él mismo lo había escrito —era el autor también de los guiones—, pero ya no se acordaba de los motivos de las desventuras de aquella hermosa joven.

— ¿Dónde diablos estará el guión?

Había rectificado los contornos del cuerpo de la muchacha, pero ahora debía trazar el boceto del siguiente dibujo, el de la salvación. Pero si no tenía el guión a mano…

— Se va a ver en un serio compromiso —murmuró, sonriendo.

Nada, nada, había que salvarla, pero ¿cómo? Debía ser un golpe de efecto, naturalmente, que causara impacto en el lector de la historia.

O no podría justificar su fama.

De pronto, llamaron a la puerta.

Andrés volvió la cabeza. ¿Quién podría ser a aquellas horas?

Durante unos segundos, se olvidó de la historieta y de los apuros de su heroína. Abandonó el tablero de dibujo y caminó cojeando hacia la puerta.

Abrió.

¿Estaba soñando?

Por un momento, pensó que su alma se había separado del cuerpo.

Volvió la cabeza. No, el tablero de dibujo estaba abandonado. Él no se había dormido mientras trabajaba. Estaba despierto y bien despierto.

— ¿Puedo entrar? —preguntó la chica, con voz que parecía hecha de campanillas de plata.

— Eh… sí, claro…

Andrés sentía que la cabeza le daba mil vueltas. Aquella hermosísima joven era…

Debía de tratarse de una increíble coincidencia. No había otra explicación. Pero ¿a qué venía la chica a su casa?

— Soy Physis, de Swaldar —se presentó ella.

— Me llamo Andrés.

Physis le dirigió una sonrisa cautivadora.

— Hola, Andrés. He venido a pedir tu ayuda —dijo.

Andrés la miró de arriba abajo. Physis era tal como él «hacía» a sus heroínas, tal como la que estaba dibujada en el tablero, en gravísimo peligro en el bosque de los monstruos. Y vestía casi de la misma manera.

— ¿Mi… ayuda? —repitió, estupefacto.

— Sí. Quiero que vengas conmigo a Swaldar.

Andrés se pasó una mano por la frente.

— Estoy soñando —dijo, mientras la miraba nuevamente.

El pelo de la chica… Según incidía la luz, parecía negro o dorado… y a veces tornasolado. Su vestimenta consistía en un

mono de tejido suave y blando, muy ajustado a su espléndida anatomía, de color verde pálido. En torno a la cintura, llevaba un ancho cinturón de color negro, de cuyo lado izquierdo pendía una especie de escarcela o cartuchera, que él supuso debía de ser el bolso que contenía sus objetos personales.

— A… ayu… darla a usted, señorita…

— No me des ningún tratamiento, Andrés —pidió ella—. Llámame, simplemente, por mi nombre. Y, repito, necesito que me ayudes. ¿Lo harás?

Ella era muy alta, tanto que Andrés apenas si le llegaba a la frente, a pesar de que Physis no llevaba zapatos de tacón alto. Andrés no se había recuperado todavía de la sorpresa recibida.

— Swaldar —dijo—. No conozco esa población.

— No es una ciudad. Es un planeta, situado a muchísimos años luz del tuyo —contestó Physis.

Andrés le dirigió una mirada de desconfianza.

— ¿No me crees? —preguntó ella.

— Bueno, es que yo…

Physis sonrió.

— Recelas de mí —dijo.

— En la Tierra no se conoce ningún planeta llamado Swaldar. Sólo se conocen los de nuestro sistema solar y, en cuanto a viajar por el espacio, no hemos pasado de la Luna, nuestro satélite.

— Pero Swaldar existe y yo soy de carne y hueso —alegó Physis.

— Yo no dudo que tú seas una persona real —contestó Andrés, repentinamente escéptico—. Ahora bien, en cuanto a que procedas de Swaldar… Y aunque así fuera, ¿por qué habría de ser yo precisamente quien te ayudase en… tus conflictos?

— Porque eres el único que puedes solucionar definitiva y satisfactoriamente mi problema.

— Espera un momento —pidió Andrés—. Creo que… necesito tomar una copa. ¿Quieres beber tú, Physis?

— Bueno —accedió ella—. Resultará interesante probar el vino de tu planeta.

Andrés llenó dos copas y entregó una a Physis. Él vació la suya de un trago.

— Estupendo, aunque en Swaldar los tenemos mejores —Physis sonrió—. Y ahora, por favor, ¿quieres darme una respuesta a mi

petición?

— Todavía no sé en qué consiste tu problema —alegó él.

Physis contempló pensativamente la copa que tenía en la mano.

— Mi problema consiste en que la vieja Emperatriz quiere casarme con el Príncipe heredero y yo me niego a consentir en semejante unión —contestó.

Andrés abrió la boca.

— ¿Emperatriz? ¿Príncipe heredero? —repitió, estupefacto.

— Así como lo oyes —corroboró Physis, muy seria—. Pero no me crees.

— No.

— ¿Y si te demostrase que todo cuanto te digo es cierto? ¿Me ayudarías en tal caso?

Hubo un momento de silencio. Andrés contemplaba fijamente a Physis, cuya hermosura le tenía subyugado.

— Demuéstramelo y te ayudaré —contestó al cabo.

Capítulo II

Physis agarró una mano de Andrés y tiró de él:

— Ven —dijo.

Andrés se resistió un poco.

— No tan de prisa —dijo—. Yo no puedo correr como tú.

Ella se volvió y le miró con sorpresa.

— ¿Por qué no puedes correr? —preguntó.

— Hace años sufrí un accidente. Tengo un defecto en la pierna derecha y cojeo.

— Yo no he notado nada, Andrés —manifestó Physis. Una dulce sonrisa se escapó de sus labios—. Me salvarás, estoy segura de ello. Tienes aspecto de ser muy inteligente y, con tu fuerza física, vencerás todos los obstáculos.

— No exageres —gruñó él—. Tengo menos fuerza que un chiquillo de cuatro años. Mi trabajo es muy sedentario y el único ejercicio que hago es llevarme la cuchara a la boca.

— Pues nadie lo diría —exclamó Physis. Le tocó el brazo y, admirada, elogió—: ¡Qué musculatura! ¿Sabes que eres un chico muy arrogante? —añadió.

Andrés se sentía desconcertado. Ya no cabía duda. Physis estaba como una olla de grillos.

— Tan alto, tan musculoso… pero, sobre todo, tan inteligente —suspiró Physis.

— Vamos, vamos, no me tomes el pelo —rezongó Andrés—. Tu sentido del humor es detestable.

— Y tu modestia me encanta —contestó ella—. Gallardo, inteligente y humilde, ¿qué más puedo pedir? Es de suponer que, además, seas muy valeroso.

— ¡Pero, Physis!

En aquel momento, Andrés se dio cuenta de una cosa.

Ya no tenía que elevar ligeramente los ojos para mirar los de Physis. Ahora la miraba desde un nivel superior. Pero ¿qué le estaba pasando?

¿Soñaba?

— E… espera… un momento…

Corrió al dormitorio. Era increíble. No notaba la menor dificultad en la pierna lisiada.

Physis le siguió. Andrés se miró al espejo y se tambaleó.

— Ése… ése no soy yo… —gimió—. Me han hecho… un trasplante de… de hombre…

— ¿Cómo que no eres tú? Pero, ¿qué cosas más raras estás diciendo, Andrés?

La luna azogaba devolvía la imagen de un hombre joven, de cabellos revueltos, de color castaño, ojos claros, hombros anchísimos y angostas caderas. Andrés se estaba mirando a sí mismo en otro cuerpo, pero con su propia cara, en la que los rasgos se habían suavizado ligeramente. Incluso había desaparecido aquel ligero defectillo de su mirada…

— Espera otro poco —pidió él con ansiedad.

Recorrió la casa a grandes zancadas. No, el cuerpo de Andrés no estaba tendido en ninguna parte ni escondido por algún rincón. Era él en persona.

Cerró los ojos un instante.

«En cualquier instante, despertaré y… Pero mientras dure el sueño, voy a aprovecharme», decidió.

— ¡Physis! —llamó.

La chica acudió en el acto.

— Dime, Andrés.

— Antes dijiste que ibas a demostrarme que es cierto que te hallas en un grave apuro y que por eso solicitaste mi ayuda.

— Sí, Andrés.

— También dijiste que podías demostrarlo.

— Es cierto.

— En ese caso, ¿por qué no me lo demuestras?

Physis sonrió.

— Ven, Andrés —dijo, a la vez que le tomaba la mano nuevamente.

Physis tiró del joven hacia la puerta. Salieron al pasillo y

entraron en el ascensor.

El aparato se elevó. Andrés se alarmó.

— ¿Eh, adónde vamos?

— A la azotea, claro —contestó Physis—. Allí está mi astronave.

Disimuladamente, Andrés se pegó un terrible pellizco en el muslo izquierdo.

— ¡Ay! —gritó.

— ¿Te pasa algo? —preguntó ella solícita.

— No, nada… sólo, acabo de comprobar que estoy despierto…

— ¿Quién te ha dicho que estás durmiendo? ¿No sientes mi mano en la tuya?

Era cierto. Andrés notó cierta extraña satisfacción al percibir en su mano el suave y cálido contacto de la de Physis. Ella le miró y sonrió dulcemente.

— Creo que me salvarás —dijo.

El ascensor llegó al último piso. Salieron fuera y treparon por una escalerilla de metal, en caracol, que conducía a la amplia terraza del edificio.

Llegaron a la azotea. En la puerta, Physis se detuvo y señaló algo con la mano.

— Ésa es mi astronave —dijo.

Andrés se quedó mudo de asombro.

¿Era posible que nadie se hubiese percatado de la presencia de aquel enorme aparato, posado sobre la terraza?

La astronave tenía forma lenticular, con una gran cabina en el centro y hacia delante. La cabina estaba encristalada y, según pudo apreciar, aunque de un modo imperfecto, tenía dos pisos.

Andrés se fijó un poco más y vio que la nave se hallaba suspendida en el espacio, a un palmo de la terraza. De otro modo, la estructura del edificio no habría podido soportar el peso de aquel enorme artefacto, más de la mitad del cual sobresalía al exterior. La curvatura inferior, aunque poco pronunciada, hacía que el vientre de la nave no rozase el parapeto protector de la terraza.

Había una escotilla abierta en el vientre del aparato, de la cual nacía una escalerilla de pocos peldaños. El último quedaba igualmente a un palmo del suelo.

Y nadie había visto aquella singular nave, cuyo diámetro mayor era, por lo menos, de cuarenta metros, con un grosor de quince,

desde la cúpula encristalada a la parte inferior más próxima a la azotea. ¿Por qué?

— Está invisibilizada a vuestros sistemas de detección —explicó Physis—. ¿Vamos?

Andrés tragó saliva.

— Sí, vamos.

Dieron unos cuantos pasos. De repente, Physis lanzó un agudo grito de alarma.

— ¡Mira, Andrés, nos atacan!

* * *

Tres o cuatro individuos aparecieron de repente ante ellos, materializándose en rapidísima sucesión.

Parecían nacer de las sombras de la noche. Andrés veía aparecer primero las piernas, luego el cuerpo y después la cabeza y los brazos. Caían a la terraza, se tambaleaban un poco, recobraban el equilibrio y luego corrían hacia ellos.

Andrés observó su vestimenta en fracciones de segundo. Todos eran robustos y ágiles, y vestían una especie de armadura ligera, de metal dorado, debajo de la cual llevaban un traje análogo al de Physis. Su cabeza aparecía cubierta por un casco semiesférico, del mismo metal, rematado por una pequeña cresta longitudinal, con cinco bolitas en el remate.

Pendiente de un cinturón, cada individuo llevaba una funda que parecía contener un arma de enormes dimensiones. Sin embargo, no daban la sensación de querer utilizarlas por el momento.

— ¡Quieren raptarme! —gritó Physis—. Son esbirros de la Emperatriz. Ayúdame, Andrés.

De repente, se sintió inflamado de un ardor combativo, como jamás lo había sentido hasta entonces. Saltó sobre el primero de los atacantes y lo tumbó de un fenomenal puñetazo.

Los otros se desconcertaron momentáneamente. Andrés cargó sobre ellos y derribó a otro.

Los dos restantes retrocedieron. Physis contemplaba la lucha con temor y admiración al mismo tiempo.

Uno de los esbirros levantó la tapa de su funda y sacó una pistola de forma muy rara y pavorosas dimensiones. Encañonó con

ella a Andrés, pero el joven, de un tremendo salto, se situó a su lado y le agarró la muñeca.

El otro era muy fuerte y resistió. Los dos hombres forcejearon rudamente.

Quedaba un soldado en pie y quiso correr en ayuda de su compañero. Una esbelta pierna femenina se interpuso en su camino y el individuo cayó de bruces al suelo.

El forcejeo proseguía. El dueño del arma no la había soltado todavía.

De pronto, en uno de los movimientos de la lucha, el arma apuntó hacia arriba. Casi en el mismo instante, un vivo y silencioso fogonazo brotó de su boca.

El resultado fue sorprendente.

Se oyó una especie de tañido musical, de enorme volumen. Luego, algo ascendió rugiendo hacia las alturas. A cien metros de distancia de la azotea, la cosa que subía empezó a despedir un chorro de llamas rojas que emitían un gran resplandor.

El fuego se atenuó con la distancia. Andrés aprovechó el momentáneo desconcierto de su adversario para colocarle un venenoso codazo en plena boca, que lo tiró por tierra.

El cuarto esbirro, aturdido por la caída, no había reaccionado todavía. Jadeante y sudoroso, Andrés se volvió hacia Physis.

— Ven, démonos prisa —dijo ella—,

Andrés corrió tras la chica. Physis se introdujo por la escotilla y el joven la siguió sin vacilar.

La escalerilla se plegó automáticamente y la compuerta exterior se cerró del mismo modo. Andrés contempló atónito el interior de la astronave, iluminada por una luz difusa que permitía ver los menores detalles, sin dañar las pupilas.

Physis se situó sobre una plataforma circular. Apretó un botón y la plataforma ascendió suavemente, deteniéndose en el piso superior de la cabina encristalada. Ella le indicó un sillón de perfecto diseño anatómico y tapizado de suave colorido.

— Siéntate, por favor.

Andrés obedeció. Sentíase pasmado, pero al mismo tiempo tranquilo y sin nervios.

Physis se sentó a su lado. Delante de ambos se extendía el panel de mandos, con una serie de instrumentos como jamás había visto

Andrés.

Y, sin embargo, todo ello le resultaba familiar. Acaso había dibujado algo parecido en una de sus historias gráficas.

Las manos de Physis, de dedos largos y sensitivos, rematados en unas uñas levemente puntiagudas, pintadas de color oro mate, se movieron con rapidez y habilidad sobre los mandos. Instantes después, la nave se elevaba rápidamente.

— Tienes que contarme muchas cosas, Physis —dijo él.

— Habrá tiempo de sobra, Andrés —respondió la muchacha.

Andrés miró por un lado de la cabina. Las luces de la ciudad se alejaban rapidísimamente.

¿Soñaba o estaba despierto? Como fuera, en sueños o en la realidad, iba a correr una maravillosa aventura en compañía de una bellísima mujer en apuros.

Capítulo III

Salieron al espacio. La Tierra se perdió de vista en contados minutos. Andrés estaba admirado de la increíble velocidad de aquel aparato, en el que no se notaban los perniciosos efectos de tan enorme aceleración.

Un cuarto de hora más tarde, Physis pulsó un botón y dijo:

— Ya estamos en órbita hacia Swaldar. A partir de ahora, nos guiarán los mecanismos automáticos.

— ¿Y… tardaremos mucho? —preguntó Andrés.

— Bastante. En tu tiempo, cuatro semanas.

— Para ser una distancia de cientos de años luz, no está mal —comentó él—. De modo que necesitas mi ayuda.

— Sí, Andrés.

— ¿Por qué me has elegido a mí?

— En primer lugar, porque eres el único que puedes ayudarme. Y en segundo, porque lo estabas deseando.

Andrés se quedó atónito.

— ¿Yo? ¿Cómo iba a desear ayudarte, si no te conocía?

— En tal caso, ¿por qué fui a buscarte?

— No me lo preguntes a mí. Tú debes saberlo mejor que yo.

Physis se quedó muy pensativa durante algunos momentos.

— No lo sé —contestó al cabo—. Sólo puedo decirte que, en un momento dado, sentí la necesidad de pedirte ayuda y fui a buscarte.

— ¿A mí precisamente?

— Sí, Andrés. Yo tampoco me lo explico muy bien, pero tengo la seguridad de que eres tú el único que solucionará mi problema.

— Bueno, hay tiempo suficiente mientras llegamos a Swaldar para hallar la explicación a este enigma. Mientras tanto, ¿quieres contarme con más amplitud cuál es tu problema?

— Realmente, es muy sencillo. La vieja Glaia XI, de la dinastía

Zlug, quiere casarme con su hijo Mareshan. En síntesis, ése es el problema.

— Bien, tenemos un planeta en el que gobierna una Emperatriz. Hay un príncipe heredero, que busca esposa. Esa esposa puedes ser tú, lo que te confiere todas las probabilidades de llegar a emperatriz algún día. ¿Por qué no quieres?

— Por varias causas. Primero, no amo a Mareshan. Segundo, la vida de intrigas de la corte no me agrada en absoluto. Y, tercero y más importante, Mareshan es un sujeto vicioso, disoluto y cruel. Que otra cargue con él, si ambiciona ser emperatriz algún día.

— Una respuesta muy sensata —aprobó Andrés—, pero, dime primero, ¿qué eres tú en Swaldar? Quiero decir si tienes alguna profesión…

— Profesora de matemáticas especiales en una de nuestras Universidades.

Andrés la contempló un momento y luego silbó.

— Nadie lo diría, con esa cara y ese tipo —comentó—. Ahora bien, donde hay una Emperatriz y un príncipe heredero, hay nobleza, ¿no es cierto?

— Sí, Andrés.

— ¿Eres noble, Physis?

— No.

— ¿Cuál es la población de Swaldar?

— Unos nueve mil doscientos millones de habitantes.

— Lo que significa cuatro mil seiscientos millones de mujeres. Más o menos, según las estadísticas, debe de haber dos mil millones en edad casadera.

— Sí, millón más o menos —aprobó Physis con una sonrisa.

— Bien, en tal caso, habiendo tantos miles de millones de mujeres, de las cuales es de suponer habrá muchísimas tan hermosas como tú, ¿por qué te ha ido a tocar a ti la china?

— La computadora me eligió para esposa del príncipe —contestó ella de modo sorprendente.

Andrés pegó un bote en el asiento.

— ¿Una computadora te eligió?

— Así es, por raro que te parezca. Y, según la ley, debo acatar el resultado del análisis.

— Pero no quieres acatarlo.

— No. Ya conoces las causas, Andrés.

— Muy bien. No quieres casarte con ese estúpido de Mareshan, pero no me digas que lo evitarás casándote conmigo.

Physis se sonrojó.

— No sería solución —contestó—. Kor-Harn te haría matar y yo quedaría libre nuevamente.

— ¿Quién es Kor-Harn?

— El jefe de la guardia imperial. Un devoto cumplidor de la ley swaldariana.

— Un fanático, vamos.

— Sí, así se podría calificar.

— En ese caso, ¿qué solución hay para evitar ese problema?

— Sólo una, Andrés. Llegar hasta la computadora y hacer que modifique su decisión.

* * *

Era una respuesta lógica, pensó Andrés. Influir en la computadora y conseguir que diera otro nombre para esposa de Mareshan.

— Pero eso sería hacer trampa —dijo, con objeto de estudiar la reacción de Physis.

— ¿Por qué? Yo no quiero casarme con ese saco de vicios —respondió ella.

— ¿Y si la que resulta elegida piensa igual que tú? Para librarte de un perjuicio, se lo originas a otra persona. ¿No se te ha ocurrido meditar sobre este aspecto del problema?

Physis se mordió los labios.

— No lo había pensado así —contestó.

Andrés sonrió.

— No te preocupes. Hallaremos una solución satisfactoria… aunque, a mi entender, la tenías en las manos y la dejaste escapar.

— ¿Qué quieres decir, Andrés?

— Sencillamente, eres una swaldariana y llegaste a la Tierra. Podías haberte quedado allí y el problema se hubiera solucionado definitivamente.

— Hay dos obstáculos que me lo impidieron, Andrés.

— Dime cuáles, Physis.

— Uno, tú mismo lo viste ya, los esbirros de la Emperatriz, es decir, los guardias de Kor-Harn, supieron seguirme y sólo gracias a ti pude eludir la captura.

— Es cierto. ¿Cuál es el otro obstáculo?

— Mi familia, mis padres y tres hermanos, están en poder de la Emperatriz como rehenes. Si no accedo al enlace, morirán.

— ¡Qué canallada! —se escandalizó el joven—. Pero no te apures, los salvaremos e impediremos esa boda malhadada. Lo que no me explico es cómo pudieron seguirte los hombres de Kor-Harn.

— Por la estela de la nave, naturalmente.

— ¿Estela? —repitió Andrés, pasmado.

— Sí, consiguieron captarla en sus detectores y…

— Debe de ser que tu nave, al viajar por el espacio, deja una especie de huella que puede ser captada por aparatos sumamente perfeccionados —opinó el joven.

— En efecto, así es.

— Pero ahora no podrán seguirnos.

— Su nave está solamente averiada, pero no destruida. Una vez hayan hecho la reparación, tratarán de darnos alcance.

— Comprendo. ¿Es más rápida que la tuya?

— Sí, por desgracia.

Andrés se mordió los labios.

— Esto ya no me gusta tanto —confesó—. De todas formas, trataremos de hallar el medio mejor de eludir la persecución.

— Tú lo encontrarás sin duda, Andrés —dijo Physis, con acento pleno de convicción.

— ¿Yo? —se asombró él—. Pero si no entiendo nada de astronáutica… y mucho menos del manejo de una astronave construida en un planeta que no es el mío.

— Para mí, no hay duda alguna. Lo conseguirás —insistió ella.

Hizo una corta pausa.

— Y si no, ¿por qué crees que fui a buscarte? —agregó.

— Eso —dijo Andrés—. ¿Por qué viniste a buscarme?

Physis se oprimió las sienes con ambas manos.

— No lo sé —murmuró—. De repente, sentí que había alguien que podía ayudarme, que poseía un arma de poder sin límites, con la cual sería capaz de vencer todos los obstáculos. Ese ser desconocido que era el único que podía resolver mis conflictos,

decidí partir en su busca. Te encontré a ti, Andrés.

El joven se reclinó en su sillón.

— Has dicho que poseo un arma sin límites —habló despacio—. Por favor, indícame qué clase de arma es.

Ella movió la cabeza.

— Lo siento —contestó—. Sé que tienes el arma, pero ignoro cuál es, Andrés.

* * *

Después de aquellas palabras, se produjo un intervalo en la conversación.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Physis se puso en pie.

— Querrás comer algo —indicó.

— Bueno —contestó él entono distraído.

Physis abandonó la cabina de mando. Andrés reflexionaba.

Ya no cabía la menor duda de que estaba despierto. Consultó su reloj y halló que habían pasado varias horas desde su encuentro con Physis.

Un arma de poder sin límites…

Por más que se devanaba los sesos, no lograba hallar la solución para aquel enigma. ¿De dónde se había sacado Physis semejante fantasía?

Ni siquiera ella misma sabía en qué consistía un arma tan poderosa. Ahora bien, los motivos de su petición de ayuda estaban bien claros. Debían liberar a la familia de Physis y luego hacer que la computadora rectificase sus indicaciones.

Pero… un arma…

Si ni siquiera llevaba encima un revólver terrestre. ¿Podía llamarse arma al cortaplumas con el que, a veces, afilaba las puntas de sus lápices?

¿Cómo podría él luchar, con sus manos desnudas, contra gentes de una civilización tan adelantada, que eran capaces de seguir la «huella» que una astronave dejaba en sus viajes por el espacio?

Physis le llamó de pronto:

— ¡Andrés, ven, la mesa está puesta!

El joven se puso en pie y caminó hacia una escotilla abierta en el suelo, al fondo de la cabina. Descendió por una escalera de caracol

y se encontró en una estancia de forma semicircular y amplias dimensiones, casi totalmente encristalada.

Había una mesita baja y cómodos divanes, desde los cuales se podía presenciar el magnificente espectáculo del cielo estrellado. Sobre la mesa vio platos, vasos y un par de botellas de finísimo cristal tallado.

Había servilletas de papel, pero no cubiertos. Los platos contenían unos extraños alimentos, en forma de cuadraditos, de unos cinco centímetros de lado por uno de grueso.

Physis sonrió.

— Éstos son nuestros alimentos. Ligeros, sabrosos y de fácil digestión —dijo.

— Además de nutritivos, claro.

— Eso se da por descontado —contestó ella.

Andrés se llevó una pastilla a la boca. Tenía un sabor exquisito, que le recordó vagamente el de la pierna de cordero al horno.

— ¿Cuántas pastillas constituyen la ración de una comida? —preguntó.

— Las que gustes y admita tu estómago. En pasando de determinada cantidad, aunque luego ingieras más, la dosis alimenticia se regula por sí misma y el estómago no se sobrecarga.

— ¡Qué inventos gastronómicos! —dijo él—. Si yo pudiera vender estas pastillas en la Tierra, me hincharía de ganar dinero.

Las botellas contenían vino de dos colores, rojo y blanco, de una transparencia absoluta. Andrés los encontró de escasa graduación alcohólica, menos que la cerveza común, pero de un aroma y sabor realmente exquisitos.

Al terminar de comer, Physis dijo:

— Necesitarás descansar un poco. Ven, te enseñaré tu cámara.

Capítulo IV

Era una estancia amplia y cómoda, con una gran lucerna circular junto al lecho, a través de la cual se divisaba el firmamento. Al fondo, había una puerta, que Andrés supo era la de su cuarto de baño individual.

Ella le enseñó un armario.

— Aquí tienes ropas, por si necesitas cambiarte —indicó.

— No has olvidado detalle, ¿eh?

— Quiero que estés cómodo. Sabía que iba a traerte conmigo y vine prevenida para ello. Ah, tengo que enseñarte otra cosa.

Physis se acercó a una mesita que había en la pared opuesta a la de la litera. Andrés vio papel y lápices sobre la mesa.

— El viaje tardará cuatro semanas, como te dije —agregó—. Quizá sientas deseos de escribir tus impresiones, aunque, si lo prefieres, puedo darte una grabadora.

— Prefiero el método antiguo, gracias —contestó él con una sonrisa.

Physis le dirigió una encantadora sonrisa.

— Te dejo solo. Debes de estar cansado —se despidió.

Ella salió de la cámara. Andrés se quedó inmóvil unos momentos.

Luego entró en el baño. Una de las paredes era un enorme espejo de cuerpo entero.

Andrés se contempló en el espejo. ¿Era él realmente aquel gallardo mozo, que le miraba sonriente desde dos metros de distancia?

— Si Lily me viera ahora… —pensó involuntariamente.

Pero Lily estaba muy lejos, tal vez a cientos de millones de kilómetros de distancia.

Momentos después, salió del baño. Se tanteó los bolsillos,

buscando algo.

— ¡Maldición, he olvidado el tabaco! —gruñó.

No era un fumador empedernido, aunque, de cuando en cuando, un cigarrillo calmaba sus nervios o le ayudaba a pensar.

Se sentó ante la mesa y tomó un lápiz. ¿Debía escribir algo sobre lo que le estaba sucediendo?

Su mano derecha se movió con gesto maquinal y trazó un dibujo. A los pocos minutos, Andrés dejó el lápiz, rasgó la envoltura del paquete de tabaco, se puso un cigarrillo en los labios, y encendió un fósforo.

Se recostó en la silla, fumando placenteramente.

— ¡Qué bien me sabe! —exclamó.

Diez minutos después, emitió un prolongado bostezo. Estiró los brazos y, poniéndose en pie, se dirigió hacia la cama.

Momentos después, dormía como un leño.

Andrés no supo cuánto tiempo había dormido. Cuando se despertó, se notó descansado y, como de costumbre, hambriento.

Una ducha fría le dejó como nuevo. Luego se vistió y se dispuso a salir de su cámara.

Entonces divisó algo sobre la mesa, que le dejó perplejo.

— Pero ¿no me había dejado yo en casa el tabaco y los fósforos? —masculló.

La colilla estaba allí, en el suelo, a falta de cenicero. Andrés empezó a sentir vértigos.

— Esto no… no es posible…

De repente, sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

— ¡Andrés, Andrés! —gritó Physis, desde el otro lado.

El joven se precipitó a abrir. Desde el umbral, Physis le dirigió una mirada llena de angustia.

— Andrés, los esbirros de Kor-Ham han conseguido reparar su nave y nos persiguen —exclamó aterrada.

* * *

— De modo que esos tipos vienen pisándonos los talones, ¿eh?

— Sí. Su nave desarrolla una velocidad muy superior a la mía y pronto nos darán alcance. ¡Oh, Andrés! ¿No podemos hacer nada para evitarlo?

— ¿Cuánto tardaremos en tenerlos a la vista? —inquirió él.

— Una hora, quizá menos, según los instrumentos.

—¿No puedes conseguir una mayor velocidad, Physis?

— Volamos ya al máximo. Si lo hiciera, la nave estallaría en mil pedazos.

— Está bien, no podemos correr más. ¿Qué pasará cuando nos den alcance? ¿Nos bombardearán?

— No, porque me quieren viva. Lanzarán sus garfios y apresarán la nave. Lo más seguro es que luego inunden el interior de gas narcótico y nos durmamos. A mí me despertarán luego… pero tú ya no despertarás más.

Andrés sufrió un fuerte sobresalto.

— ¡Caramba con los esbirros de Kor-Harn, y qué genio gastan! —exclamó de mal humor—. De modo que esos tipos quieren suprimirme del censo de los vivos.

— Sí, Andrés, seguro.

El joven reflexionó unos momentos. De pronto, dijo:

— Ve a la cabina de mando y espérame allí. Tardaré un cuarto de hora. ¿Hay interfono, Physis?

— Sí, desde luego.

— Bien, si ocurriese algo mientras yo trabajo, no dejes de avisarme inmediatamente.

— Así lo haré —prometió la joven.

Physis volvió a la cabina de mando. Mientras tanto, Andrés se sentó frente a la mesa y, de modo maquinal, encendió un cigarrillo.

Physis le había dicho que él poseía un arma de poder sin límites. De momento, no importaba la forma en que ella lo había averiguado. El caso era comprobar que las afirmaciones de la bella swaldariana eran algo más que meras palabras.

Tomó el lápiz y empezó a dibujar. Se enfrascó en la tarea y perdió la noción del tiempo hasta que Physis, de pronto, le hizo volver a la realidad con un toque de atención:

— Andrés, han pasado ya veinticinco minutos.

— Un momento, estoy terminando —pidió él—. ¿Noticias de los perseguidores?

— La distancia se ha reducido casi a la mitad.

— ¿Están a la vista?

— Todavía no. Podremos captarlos dentro de quince minutos

por óptica.

— Está bien, nena, no te preocupes. Termino en seguida.

Trazó los últimos rasgos, estudió los dibujos realizados y se puso en pie satisfecho, con un cigarrillo humeante, pendiente de la comisura de los labios, según solía ser habitual en él.

— Si esto no da resultado, que San Patricio me haga fácil el viaje al cielo —murmuró.

Dejó parte de los dibujos en la cámara y corrió al piso superior. Physis le acogió con una mirada de angustia.

— ¿Has conseguido algo? —preguntó.

— Creo que sí, aunque ahora lo probaremos —sonrió él—. ¿Cuál es la distancia, en tiempo?

— Veinte minutos para el contacto final.

— ¿Y para el contacto óptico?

— Entre cinco y seis, Andrés.

— Está bien. Conecta los sistemas visuales.

Physis maniobró en los controles. Una gran pantalla se iluminó delante de ellos.

De súbito, la joven lanzó un agudo grito:

— ¡Andrés, ahora, en lugar de una nave, nos persiguen tres!

Andrés sonrió de modo comprensivo.

— Si te fijas bien, verás que esas naves no son de Swaldar. ¿Puedes manejar el mando de aproximación?

— Desde luego —accedió ella, sumamente intrigada por lo acaecido.

Una de las naves aumentó de tamaño hasta ocupar toda la pantalla. Con gran asombro, Physis pudo darse cuenta de que su aspecto y construcción eran enteramente distintas de las que ella conocía.

— ¿De… de dónde han salido esas astronaves? —preguntó, sintiéndose anonadada.

— Luego te lo explicaré —contestó él. De pronto, sacó un micrófono y llamó—: Andrés a comandante flota de protección. Compruebe enlace por radio. Cambio.

— Comandante flota protección a Andrés. Le oigo perfectamente. Cambio.

— Dígame, comandante, ¿están listos para actuar?

— Sí, señor; sólo esperamos su orden.

— Una astronave hostil nos persigue. Protéjanos, pero evite, en lo posible, consecuencias definitivas para los perseguidores. Bastará con que les disuada de la persecución. ¿Entendido, comandante?

— Sí, señor.

Physis estaba asombradísima. ¿De dónde había sacado Andrés aquella flota de astronaves, destinada a cubrirles la retirada?

— Tenemos la nave enemiga a la vista, señor —informó el comandante—. Nos disponemos a actuar.

— Bien, adelante. Observaremos la acción a través de la pantalla, comandante.

Sonaron voces dentro de la cabina.

— Nave de mando a naves dos y tres. Prepárense para lanzar tres descargas sucesivas de torpedos espaciales. Distancia, ochenta mil. Potencia de explosión, mil megatones. Potencia luminosa, un octavo de sol. ¿Listos?

— ¡Lista nave dos!

— ¡Lista nave tres!

— El momento de fuego será al finalizar la cuenta de treinta segundos a partir de diez más desde la orden de disparo.

Hubo una pequeña pausa de silencio. Luego, se oyó la voz del comandante de la flotilla:

— Conecten el contador automático de tiempo al oír la voz ejecutiva… ¡Ya! ¡fuego!

Andrés consultó su reloj. Una voz mecánica fue desgranando en los altoparlantes los segundos de la cuenta atrás.

Physis asistía a la escena atónita, con el pecho palpitante por la emoción. El contador automático seguía desgranando los segundos:

— Seis… cinco… cuatro… tres… dos… uno… cero. ¡Fuego!

Nueve rayas de luz partieron con inconcebible velocidad, hundiéndose en la negrura del espacio, hasta desaparecer del todo. Pasaron algunos instantes y, de súbito, se vieron brillar nueve soles a gran distancia de la astronave.

Fue un vivísimo chisporroteo, que arrojó un intenso resplandor en el interior de la cabina, junto con sombras crudas. Minutos después, se oyó una voz conocida:

— Comandante a Andrés. Objetivo cumplido.

— Amplíe informes, comandante —pidió el joven.

— Las explosiones han desequilibrado a la nave enemiga, sin

causar graves daños en su tripulación. Los fogonazos han destruido o quemado la mayor parte de sus sistemas ópticos. Las averías no son reparables en el espacio.

— ¿Sistemas de propulsión?

— Gravemente dañados, señor; según indican nuestros detectores.

— Gracias, comandante, ha sido una buena misión. Le felicito.

— Gracias a usted, señor. ¿Necesitan más protección?

—¿Podemos seguir el viaje sin temor a ser perseguidos?

— Sí, señor.

Entonces, no necesitamos más protección, gracias. Cambio y fuera.

— Cambio y fuera, señor

Capítulo V

El asombro no se había borrado aún del ánimo de Physis.

— Pero… ¿cómo has conseguido…?

Andrés sonrió.

— Tú me dijiste que yo poseía un arma de un poder sin límites —contestó.

— Efectivamente. No sé cómo llegó a mi conocimiento, pero sé que es así. ¿Cuál es el arma, Andrés?

El joven volvió a sonreír, mientras lanzaba un lápiz sobre el panel de mandos.

— Ahí tienes el arma —dijo.

— ¿Un… lápiz?

— Sí, Physis.

— No lo entiendo…

Andrés sacó un cigarrillo y lo encendió.

— Imagino que fumar no debe ser cosa que se estile en Swaldar, ¿no es cierto?

— En efecto, allí no se conoce esa costumbre.

— Es típicamente terrestre y dicen que nociva, pero la tenemos muchos, a pesar de todos los consejos en contra. Anoche, cuando nos separamos, me senté a la mesa para escribir algo acerca de mis primeras aventuras. De pronto, sentí deseos de fumar, pero recordé que me había dejado el tabaco y las cerillas en casa.

«Debió de ser algo subconsciente. El caso es que dibujé un paquete de cigarrillos y una caja de fósforos y encendí uno. Luego me fui a la cama y me dormí sin acordarme más del hecho. Esta mañana, cuando me despertaste, vi sobre la mesa el tabaco y las cerillas. Estaba seguro de que los había dejado en casa, ¿comprendes?

— Voy comprendiendo, en efecto, Andrés —dijo Physis con ojos

brillantes.

— Entonces, cuando me informaste del peligro que corríamos, decidí hacer una prueba y dibujé tres astronaves, que se materializaron luego en el espacio. También dibujé el micrófono y el aparato de radio con el que me he comunicado con la flota de protección.

Physis estaba pasmada,

— Entonces… ¿puedes materializar cualquier cosa que dibujes y hacerla funcionar, actuar o lo que sea, según su naturaleza?

— Sí, Physis.

— Pero eso significa que… que el lápiz no es tu arma, Andrés, sino tu mente.

— Hasta cierto punto, Physis.

— Explícate, te lo suplico.

— ¿Es costumbre en Swaldar que los caballeros ofrezcan flores a las señoras?

— No muy frecuente, aunque se hace en ocasiones. Allí las flores no abundan demasiado. Quizá es que no nos preocupamos de cultivarlas, Andrés.

— Quizá —convino él, a la vez que se ponía las manos en la frente.

Pasaron algunos segundos. Andrés levantó la cabeza y miró a la joven sonriendo.

— No lo he conseguido —dijo.

— ¿Qué es lo que no has conseguido? —preguntó Physis.

— Aguarda un momento y lo verás.

Andrés se puso en pie y bajó a su cámara, de la que regresó a los pocos momentos con el cuaderno de cuartillas y otro lápiz en la mano. Volvió a sentarse y empezó a dibujar rápida y diestramente.

Physis le contemplaba con suma atención. Al cabo de unos minutos, Andrés dejó el lápiz y puso la mano sobre el papel, retirándola con una hermosa rosa roja, de penetrante perfume.

— ¡Oh! —dijo Physis, atónita—. ¡Es cierto! Materializas todo lo que dibujas.

— Exactamente. No sé cómo se produce ese fenómeno, aunque la mente tiene una parte importantísima en ello, pero así es, Physis. Y ello quiere decir que el arma sin límites que yo poseo se compone de dos partes en realidad: mi mente… y un lápiz.

— Es fantástico —dijo ella—. Ahora es cuando estoy segura de que me ayudarás a resolver mi situación.

— De ello no cabe la menor duda, aunque sí hay algunos interrogantes que desearía esclarecer, Physis.

— ¿Cuáles son, Andrés?

— La máquina te eligió para esposa de Mareshan. Como tú te niegas a ello, Glaia ha tomado a tu familia como rehenes.

— Así es —confirmó Physis una vez más.

— Los interrogantes que me atormentan podrían reducirse a uno solo, bien mirado. En el fondo, tu problema es algo más complejo que el de una simple negativa de casarte con un sujeto al que detestas.

— Te aseguro que no hay más, Andrés.

— Eso es porque ignoras el fondo del asunto. ¿Por qué habías de ser precisamente tú la elegida entre dos mil millones de mujeres en edad casadera? La máquina lo ha decidido así, ¿verdad? Pero tú te niegas y ésa es la fuente de tus desdichas. Sin embargo, insisto, en este asunto hay algo más que una simple negativa.

— Si tú lo dices… ¿Crees que conseguirás averiguar la verdad, Andrés?

— Si no lo consigo, ambos lo pasaremos muy mal —contestó él sombríamente.

* * *

— Estamos llegando a Swaldar —indicó Physis, cuatro semanas más tarde.

— ¿Cuál es la distancia?

— Setecientos millones de kilómetros. Pronto tendrás que iniciar las operaciones de deceleración.

— Muy bien. ¿Hay sistemas de detección en la superficie?

— Por supuesto.

— Nos habrán detectado, me imagino.

— Yo también lo creo así, Andrés.

El terrestre se mordió los labios.

— ¿Es muy intenso el tráfico de astronaves en torno a Swaldar? —preguntó.

— Bastante —contestó Physis.

— Entonces, tendré que buscar el medio de eludir esa detección. Es posible que ahora nos hayan confundido con una de tantas astronaves, pero cuando estemos más cerca, no sucederá así.

— ¿Qué harás, Andrés?

— Ahora lo vas a saber, Physis.

Andrés requirió de nuevo el papel y el lápiz y se sentó en uno de los sillones. Reflexionó unos minutos y, de pronto, se puso a dibujar furiosamente.

Mientras trabajaba, dijo:

— Physis, necesito datos de algún planeta cercano a Swaldar y que tenga contactos con vosotros. Los datos se refieren también al aspecto y vestimenta de sus habitantes, así como a la forma de sus astronaves.

— Muy bien, Andrés. El planeta más cercano es Kharawor, un mundo muy poblado y altamente civilizado, incluso más que el nuestro. Sus habitantes tienen la misma conformación anatómica que nosotros, aunque visten de una manera algo distinta.

— ¿Qué me dices de sus astronaves?

— Las diferencias son escasas.

— Muy bien, yo iré dibujando y tú me darás detalles…

La mano derecha de Andrés se movía rápida y diestramente, mientras ella le daba indicaciones y detalles, que servían para las oportunas correcciones en el dibujo.

La tarea finalizó casi tres horas más tarde, con sendos dibujos de los dos.

— ¿Para qué nos dibujas a nosotros? —preguntó ella intrigada.

— Ya lo verás en el momento del desembarco —sonrió Andrés.

Swaldar estaba ya a muy corta distancia. Los detalles de su superficie se divisaban con toda claridad a simple vista.

Physis evolucionó hábilmente, para situarse en posición de aterrizaje sobre el astropuerto de la capital. De pronto, Andrés lanzó una exclamación:

— ¡Demonios! ¡Había olvidado lo más importante!

Y empezó a dibujar de nuevo sobre otra cuartilla, aunque esta vez apenas si empleó diez minutos en la tarea.

— Vamos a aterrizar, Andrés —le advirtió Physis—. Los instrumentos automáticos han indicado que tengo pista libre.

— Estupendo.

Physis tenía la vista fija en la pantalla. De pronto, vio algo que le hizo lanzar un grito de terror:

— ¡Andrés, la guardia imperial está registrando meticulosamente las llegadas de pasajeros al astro-puerto!

— Oh, por eso no te preocupes, nena —sonrió él—. Es algo que voy a solucionar en seguida.

La nave estaba ya a menos de cincuenta metros del suelo. Andrés tomó la goma de borrar recién dibujada y la pasó por el retrato de Physis.

La joven desapareció.

A continuación, guardó en el seno el cuaderno de papel y un lápiz y borró su propio retrato. Las dos cuartillas quedaron completamente limpias.

— ¡Andrés! ¡No te veo! ¿Dónde estás? —gritó ella, empavorecida.

— No temas —sonrió él—. Simplemente, nos hemos hecho invisibles.

— Pero…

— Espera —dijo él.

Sacó el lápiz, que quedó flotando en la cámara, como sostenido por un hilo invisible.

— ¿Lo ves? —preguntó.

— Sí, Andrés.

— Entonces, cuando salgamos, síguelo.

La nave tocó tierra. La escotilla y la escalera de desembarco se desplegaron automáticamente.

En la puerta de la nave se oyó una voz:

— ¿Comandante Blurb? Soy el capitán Hei-Tloss, de la guardia imperial. Tenemos órdenes de comprobar meticulosamente la documentación e identidad de todos los ocupantes de su nave, pasajeros y tripulación.

— No tengo ningún inconveniente, capitán pero, ¿puede decirme al menos a qué se debe una orden tan poco frecuente?

Hei-Tloss se encogió de hombros.

— Yo hago lo que me mandan, comandante —respondió.

Detrás del último pasajero y pegado a su espalda, había un lápiz, en el que nadie reparó. Physis siguió al lápiz, hasta que lo vio caer al suelo y deslizarse lentamente en dirección a la salida del

astropuerto.

Capítulo VI

— De modo que esa condenada chica consiguió desembarcar sin ser vista.

— Sí, señora, y lo mismo el hombre que la ayuda. La nave estaba completamente desierta, pero eso no es todo.

Glaia XI, de Zlug, Emperatriz de Swaldar, miró con gesto inquisitivo al jefe de su guardia imperial, eufemismo con el que se encubrían muchas funciones de menor dignidad que realizaban los componentes de la misma. Glaia era una mujer de apariencia impresionante, alta, pechugona y corpulenta y con una nariz ganchuda que el paso de los años había afilado más todavía.

A su lado, jugando con una serpiente domesticada, se hallaba su heredero, Mareshan. Era un hombre de unos treinta años, de mirada atravesada, labios delgados y sonrisa en apariencia estúpida, pero terriblemente maligna en el fondo.

— General —dijo Mareshan—, ¿qué tiene usted en su guardia? ¿Hombres con imaginación o bestias de la selva de Zragzar?

Kor-Harn apretó los labios. ¡Y que aquel miserable fuese a convertirse algún día en el emperador de Swaldar?

— Hemos hecho todo lo que hemos podido, señor —contestó—. Nuestros detectores captaron en su campo la nave de la joven y la siguieron hasta el momento del aterrizaje. Pero entonces se comprobó que era una nave de Kharawor, al mando del comandante Blurb, con pasaje y tripulación. El examen de documentación e identidades no dio resultado alguno.

— Eso significa que hubo error en los servicios de detección —dijo Glaia.

— No, señora.

La emperatriz hizo un gesto de impaciencia.

— Explíquese, general —pidió con sequedad.

— Después que hubieron desembarcado todos los tripulantes y pasajeros, se hizo un registro a fondo de la nave. Entonces se comprobó que, en efecto, era la nave de Physis.

— Y ella estaría escondida por alguna parte.

— No, señora. Escapó.

— Pero ¿cómo se entiende eso? —barbotó Mareshan—. ¿Por qué no habla claro de una vez, Kor-Harn?

— Sencillamente, no había tales pasajeros ni tripulantes. Desaparecieron a los pocos momentos. El hombre que acompaña a Physis tiene una mente poderosísima e influyó en los encargados de la revisión, eso es todo.

Glaia se quedó con la boca abierta.

— Los hipnotizó —dijo.

— Exactamente, señora —corroboró Kor-Harn.

Glaia empezó a tirarse del labio inferior.

— La mente es un arma contra la cual resulta muy difícil luchar, general, —dijo—. Pero también puede obtenerse una victoria, ¿no le parece?

— Eso mismo opino yo, señora.

— No me gusta, es algo que detesto ordenar, pero, en vista de lo sucedido, no queda más remedio general. Usted sabe que se trata de un asunto más bien particular, aunque, a la larga, resulte beneficioso para Swaldar. De otro modo, no le daría la orden.

— Sí, señora —contestó Kor-Harn en tono respetuoso.

— Los hombres encargados del caso deberán usar, a partir de ahora, yelmo de protección mental, usted incluido. ¿Entendido, general?

— Sí, señora.

— El Intendente de palacio le entregará los cascos que necesite. Ahora mismo firmaré el mandato correspondiente, general. Pero, dígame, ¿adónde cree que han podido ir Physis y su acompañante?

Kor-Harn meditó unos instantes.

— Tenemos detenida a toda su familia —dijo al cabo—. No les creo tan audaces como para irrumpir aquí. De momento, acaban de llegar de un viaje muy largo y querrán descansar. Estoy seguro de que ahora se encuentran en la residencia de ella.

— En tal caso, vaya a capturarlos. A ella, viva, general.

— ¿Ya él?

— Es un estorbo y una molestia, ¿comprende?

Kor-Harn hizo una profunda reverencia.

— Sí, señora…

Se inclinó delante del príncipe heredero.

— Señor…

Mareshan seguía jugando con su serpiente domesticada. Glaia se enfureció y, remangándose las faldas, pegó una patada al animal, enviándolo al otro extremo del salón. La serpiente huyó, lanzando consternados chillidos de dolor.

— ¡Deja a ese maldito animal! —gritó la emperatriz, furiosa—. Si fueses de otra pasta, este asunto se habría resuelto ya hace mucho tiempo.

— La máquina debe estar equivocada —rezongó Mareshan de mal talante—. Es de todo punto imposible que no haya en todo Swaldar otra mujer con la cual casarme.

— ¡Tiene que ser ella! —gritó Glaia, sumamente excitada—. Compréndelo, hijo; durante siglos enteros, tus antepasados han estado buscando la ocasión que ahora se te presenta a ti. Es el momento de que Swaldar haga sentir la fuerza de su predominio sobre el Gran Conglomerado y eso sólo se puede conseguir de una forma.

— Casándome con Physis.

— ¡Sí!

— Una duda me asalta, madre. ¿Lo sabe ella?

— ¿Crees que estaría aquí si lo supiera? ¿Crees? que Kharawor nos dejaría tranquilos si supiera que Physis está en Swaldar?

Mareshan miró con un solo ojo a su imperial madre.

— Entonces, tú pretendes realizar la política de hechos consumados. ¿No es así?

La emperatriz sonrió con malicia.

— En efecto, hijo —contestó.

* * *

— ¿Qué estás dibujando, Andrés? —preguntó Physis, intrigada.

— Otra apariencia, para ti.

— ¿Y para ti no?

— Yo no soy conocido en Swaldar —respondió él.

— Muy bien, pero llevas mucho rato trabajando —dijo Physis, a la vez que dejaba un plato sobre la mesa—. Tienes que comer.

— Puedo hacerlo mientras dibujo —respondió él—. Physis, los ciudadanos de Swaldar, ¿pueden llevar armas?

— No, sólo las organizaciones legales.

Andrés meneó la cabeza.

— Lástima —dijo—. Tendré que llevarla oculta.

— ¿Un arma terrestre?

— Sí.

Andrés dejó de pronto el papel y el lápiz y se puso a comer.

— Physis, —dijo entre bocado y bocado—, ¿dónde está tu familia?

— En el palacio imperial, bien tratados y atendidos, pero férreamente vigilados.

— Menos mal. Yo pensé que los habrían arrojado al fondo de algún lúgubre calabozo… La emperatriz es menos mala de lo que piensas.

—No es buena —declaró Physis.

— Quiere lo mejor para su hijo.

— Las hay mejores que yo —contestó ella con obstinación—. Además, no tengo la seguridad de una descendencia sana.

— ¿Eran próximos parientes entre sí los padres de Mareshan?

— No. Su vida disoluta lo ha llevado al borde de la degeneración. Su madre no le ha negado jamás un capricho…

— Ventajas de ser niño mimado —rió él—. Physis, ¿qué me dices del gran trasto?

— ¿Cómo?

— Me refiero a la computadora.

— Ah, está instalada en un bloque anejo al palacio, pero separado de él.

— ¿Es difícil llegar a la máquina?

— Según se mire, Andrés.

— Explícate, Physis.

— Bueno, hay que atravesar la zona de protección del recinto… y forzar la puerta. Sé que tiene una cerradura muy complicada y que está construida con un bloque de metal muy grueso, pero no puedo darte más detalles.

— Quizá conozcas a alguien que pueda facilitarlos —sugirió

Andrés.

— Es posible, aunque, de momento, no recuerdo el nombre de ninguna persona, —contestó Physis.

— Bien, ya buscaremos el medio de llegar hasta allí. En tu opinión, ¿qué estimas como más urgente? ¿Rescatar a tu familia o consultar a la computadora?

Ella vaciló un instante.

— Si pudiéramos demostrar que las indicaciones de la máquina son falsas, Glaia accedería a liberar a los míos —contestó al cabo.

— Entonces, no se hable más. Buscaremos a quien nos facilite detalles de los mecanismos de seguridad del acceso a la máquina y haremos la consulta. ¿Qué tal te sientes corporeizada de nuevo?

Physis sonrió.

— Era una experiencia turbadora —contestó—. ¿Cómo lo conseguiste?

— Guardé el cuaderno de papel dentro de mi blusa. Cuando estuvimos en lugar seguro, te dibujé de nuevo y me dibujé a mí mismo.

— Entiendo. Y, ¿qué harás para darme otro aspecto?

Andrés lanzó una mirada a los dos dibujos que tenía sobre la mesa.

Los rostros eran distintos y asimismo el color del pelo. La indumentaria era de un diseño totalmente nuevo. El segundo dibujo estaba incompleto.

— Primero te invisibilizaré como antes —dijo, a la vez que empezaba a borrar con la goma el retrato de la auténtica Physis—. Y luego completaré tu nuevo aspecto.

Physis desapareció a los pocos instantes. Rápidamente, Andrés dio los últimos toques al segundo retrato y, a los pocos momentos, la muchacha reaparecía de nuevo, con una apariencia totalmente distinta.

— Ve al espejo —indicó él, sonriendo.

La joven obedeció. Andrés oyó un agudo grito desde la sala.

— ¡Qué horrible! —gritó.

— Yo te encuentro guapísima —contestó él.

Physis apareció, con los ojos llameantes de ira.

— ¿Te parece bonito? Me has hecho pechugona, con unas caderas como astronaves… ¡Y el pelo es de un amarillo rabioso,

cosa que detesto!

Andrés se echó a reír.

— Pero, bueno, ¿no interesa sobre todo pasar desapercibida? —preguntó.

Ella, todavía indignada, fue a decir algo, pero en aquel momento llamaron a la puerta.

Apresuradamente, Andrés guardó el papel, el lápiz y la goma de borrar. Miró a Physis y la vio muy pálida.

— Abre —indicó.

La joven se dirigió hacia la puerta y pulsó el botón de apertura. Un pequeño grupo, compuesto por cuatro o cinco hombres, apareció ante su vista.

— Soy el general Kor-Ham y busco a la mujer llamada Physis de Juln y al individuo que la acompaña —dijo el hombre que mandaba la fuerza.

Capítulo VII

Andrés se puso lentamente de pie.

— ¿A quién ha dicho que busca, general?

— Ella se llama Physis. En cuanto al hombre, desconocemos su nombre, pero donde esté ella, estará él.

Andrés volvió los ojos hacia la joven.

— Querida, ¿te llamas Physis de Juln? —preguntó.

— ¿Yo? ¿Qué cosas tienes? —contestó ella, riendo nerviosamente.

— Ésta es la casa de Amfdor de Juln —dijo Kor-Harn—. ¿Con qué derecho están ustedes en ella? Muéstrenme los documentos de ocupación legal.

Physis se quedó cortada y miró a Andrés en busca de consejo. El joven titubeó.

Maldijo entre dientes. La inesperada interrupción de la comida le había evitado procurarse un arma.

Podía conseguir cualquier clase de arma, pero debía perder un tiempo precioso en dibujarlas. Ya no podía hacerlo, con los esbirros de la emperatriz en la casa.

— ¿Y bien? —dijo Kor-Ham.

De repente, Physis lanzó un grito:

— ¡Andrés, llevan yelmos de protección mental! ¡Me están viendo tal cual soy!

Una dura sonrisa se dibujó en los labios de Kor-Harn.

— Ya me parecía a mí —dijo. Extendió la mano imperativamente y dio una orden—: ¡Arréstenlos!

Aquél no era el momento de hacer cálculos. Andrés se lanzó hacia delante, con la cabeza gacha, y derribó al general, lanzándolo contra sus acompañantes.

Una terrible confusión se produjo dentro de la sala. Los puños de

Andrés se movían con velocidad relampagueante. Cada golpe era un K.O.

Era evidente, pensó, que los swadarianos no estaban acostumbrados a las peleas cuerpo a cuerpo. El combate terminó cuando Kor-Harn, que no había perdido todavía el sentido, quiso contraatacar, echando mano a la pistola que pendía de su funda.

Andrés colocó un brutal izquierdazo en su estómago, rematándolo con un seco golpe de canto en la nuca. El general rodó por el suelo y su casco saltó a unos pasos de distancia.

— Tenemos que irnos de aquí, Physis —dijo.

Ella asintió, empezando a salir del estado de terror en que había caído hasta aquel momento. Andrés se sentía furioso contra la joven.

— Tú misma te delataste —gruñó.

— Pero, Andrés, esos cascos evitan toda sugestión hipnótica… Ellos me veían con mi apariencia normal y el general me conoce de sobra como para no engañarse acerca de mi identidad.

Andrés se quedó parado. Si lo que decía Physis era cierto, su arma resultaría completamente inútil.

De repente se agachó y recogió el yelmo del general, encasquetándoselo de golpe. Meneó la cabeza.

— Tu aspecto no ha variado en absoluto —dijo.

— Eso es porque tú me has dibujado con esta apariencia —contestó Physis—. Pero ellos no tenían por qué conocer mi nuevo aspecto…

Andrés se mordió los labios.

Podía ser cierto, se dijo.

— Habrá que comprobarlo —manifestó.

— ¿Cómo? —preguntó ella.

— ¿Tienes algún amigo de confianza?

— Sí, desde luego.

— Entonces, vamos a verlo enseguida. Sal y aguárdame afuera.

Physis obedeció. Andrés se quedó solo y eligió al guardia de corpulencia más aproximada a la suya.

Minutos más tarde, abandonaba la casa. Ella, extrañada, quiso saber por qué cambiaba de indumentaria.

— No iba a ir con el casco puesto y vestido de «paisano» —gruñó él.

* * *

— Éste es Andrés, de la Tierra. Yo soy Physis, de Juln, aunque no lo parezca —dijo la muchacha.

El hombre contempló a la pareja con ojos llenos de asombro.

— Vamos, chica, no me hagas reír —contestó en tono malhumorado—. Conozco a Physis de sobra y se te parece a ti tanto como una piedra a una silla.

— Trocd, aunque te parezca mentira, yo soy Physis —insistió la joven—. Lo que pasa es que he cambiado de aspecto. —Se volvió hacia Andrés—. Dale el casco, ¿quieres?

— Si él acepta… —respondió Andrés.

Trocd no se sentía muy inclinado a hacer la prueba.

— Detesto los yelmos de protección mental —contestó.

— Por favor, Trocd —rogó Physis.

El swadariano aceptó al cabo y se puso el casco.

— ¿Cómo me ves ahora? —preguntó ella con ansiedad.

— Tu apariencia no ha variado en absoluto —contestó Trocd.

— ¡Viva! —gritó Andrés.

Trocd le miró extrañado.

— ¿Por qué grita tu amigo? —preguntó.

— Sería un poco largo de contar, Trocd —respondió la muchacha—. Pero, mejor que nada y antes de iniciar las explicaciones, convendría que Andrés te hiciera una demostración de sus facultades.

— Nada más justo —aceptó el terrestre.

Trocd se quitó el yelmo, en cuyo remate y en lugar de penacho de plumas, había una especie de antena, con una rejilla muy tupida, sobre la cual se divisaban varias bolitas de colores.

— Trocd —preguntó Physis—, ¿qué te gustaría tener en estos momentos?

El swadariano suspiró.

— Un pequeño jardín en la trasera de mi casa —contestó—. Tengo algo de espacio, pero el suelo es de cemento…

— Muéstramelo, ¿quieres? —pidió Andrés.

Trocd accedió. Momentos después, Andrés estudiaba la disposición de aquella especie de patio que medía escasamente una

veintena de metros cuadrados.

— Dentro de una hora tendrás tu jardín —prometió el joven.

— ¿Tanto? —se extrañó la muchacha.

— Si quieres un jardín bonito, no puedo emplear menos tiempo.

Andrés empezó a trabajar.

Una hora más tarde, había dibujado el jardín. A continuación, dibujó el patio encementado y lo borró con la goma.

El patio desapareció. El jardín, con flores de los más vivos colores y hasta un pequeño surtidor en el centro, surgió en su lugar.

Physis sonrió satisfecha.

— Trocd, ponte el yelmo de protección mental, para que compruebes que no se trata de un caso de hipnotismo.

Trocd lo hizo así.

— Estoy anonadado —confesó—. El jardín es real, auténtico… ¿Cómo lo has conseguido? —se volvió hacia Andrés.

— Si yo lo supiera —contestó el terrestre.

— Lo que no me explico es cómo el casco no destruye las imágenes que tú dibujas y que no son sino el producto de tu mente —dijo Physis.

— Sencillamente, porque es la materialización absoluta y corpórea de mis deseos. No son proyecciones en la mente de otra persona, sino cosas reales y tangibles.

— Lo que quiere decir es que yo soy de verdad una mujer gorda —dijo Physis casi furiosa.

— Hombre, agradablemente llenita —rió el terrestre. Miró a Trocd—. Ella necesita ahora que le hagas un favor —indicó.

— Si está en mi mano… —accedió Trocd.

— Creo que sí —dijo Physis—. Se trata de saber el modo de entrar al lugar donde está la computadora.

— Lo siento, pero creo que no voy a poder complacerte —respondió Trocd—. ¿Por qué no vas a ver a Hoff Ung? —sugirió—. Es muy amigo de tu padre y consultor auxiliar de la computadora.

— Es verdad, no me había acordado hasta ahora —dijo Physis—. Iremos a ver a Koff Ung y…

Algo interrumpió a Physis repentinamente. Las bolitas multicolores que había sobre la rejilla del yelmo de protección mental, empezaron a oscilar con fuertes destellos multicolores.

— ¿Qué es eso? —exclamó Andrés, sorprendido.

Trocd se puso serio.

— Sospecho que Kor-Harn ha localizado el paradero del yelmo —contestó.

* * *

Kor-Harn se sentó en el suelo, frotándose la nuca dolorida. Tenía manchitas de colores en los ojos y le parecía que acababan de pegarle la cabeza a los hombros, después de haber sido decapitado.

Sus hombres no se sentían en mejor estado que él, Kor-Harn estaba a la vez furioso y admirado.

Aquel hombre, sólo con sus puños, había derrotado a los cinco, hallándose todos poderosamente armados. Aquellas pistolas que llevaban en sus fundas ni siquiera habían podido ser utilizadas.

Haciendo un esfuerzo, consiguió ponerse en pie. Además de por lo ocurrido, estaba furioso por un tercer motivo.

Le obligaban a desempeñar un papel para el cual creía no servir. ¡Bueno, se dijo, si pongo todo mi empeño, lo llevaré a cabo!, pero ¿por qué diablos he de verme yo metido en una intriga cortesana, que no me agrada ni poco ni mucho?»

Pero Kom-Harn era hombre disciplinado y devoto servidor de la Corona. Cualquier otra consideración debía quedar relegada a segundo plano ante los supremos intereses de la Emperatriz.

Se preguntó si coincidirían con los de Swaldar. Si pudiera estar seguro de que era así…

Sacó del bolsillo una cajita de forma plana y estiró la antena, que no mediría más de veinte centímetros de longitud.

— Central —llamó—. Habla el general.

— Adelante, general. Estamos a sus órdenes.

— He perdido un yelmo de protección mental. Localícenlo e indíqueme su posición actual. Es urgente.

— Sí, señor. Manténgase a la espera, señor.

— Está bien.

Pasaron algunos minutos. La patrulla aguardaba expectante junto a él.

De pronto se oyó una voz:

— Yelmo localizado en coordenadas. AF-47-E-33 y NY-52-I-40. Al nivel del suelo.

— Está bien. Muchas gracias.

Kor-Harn cerró la comunicación y miró a sus hombres.

— Usaremos los propulsores individuales. Máxima potencia de impulsión. ¡En marcha!

Capitulo VIII

Andrés terminó su dibujo, ante la atenta mirada de los dos swadarianos y, tras los últimos toques, se puso en pie.

— Ya podemos irnos —dijo.

— No debemos entretenernos —indicó Physis—. Kor-Ham debe de estar a punto de llegar.

— Lo esquivaremos. ¿Te quedas tú, Trocd?

El swadariano asintió.

— Vosotros no habéis estado aquí —contestó—. Él no puede probarlo y yo no sé adónde os dirigís.

Andrés sonrió.

— Eres un buen chico —elogió, palmeándole las espaldas—. Andando, Physis.

Los dos jóvenes salieron a la calle. Apenas habían dado una docena de pasos, Physis lanzó un agudo grito:

— ¡Mira, Andrés, allí vienen!

El joven volvió la cabeza.

Cinco hombres, desplazándose raudamente a varios pasos de altura, volaban hacia ellos. El brillo de sus yelmos les hacía fácilmente identificables.

— Ven aquí —dijo Andrés tirando de la mano de Physis.

Se escondieron detrás de la esquina de una casa. Andrés sacó su cuaderno de dibujo y arrancó la hoja realizada en casa de Trocd.

Un hombre, provisto de un yelmo de protección mental, se materializó al instante: El individuo miró a todas partes con asombro.

Andrés le palmeó en la espalda.

— ¡Corre, que te persiguen!

El hombre echó a correr y apareció en la ruta que seguían los guardias. Kor-Harn emitió un agudo grito:

— ¡Allí va! ¡A él!

Los cinco guardias desfilaron velozmente por delante de la casa donde estaban Andrés y Physis, sin reparar en la pareja. Toda su atención estaba centrada en el hombre que, provisto de un yelmo de protección mental, corría desesperadamente delante de ellos.

Los perseguidores aumentaron la potencia de sus propulsores individuales. En pocos momentos, dieron alcance al fugitivo y lo rodearon.

— ¿Alto! —gritó Kor-Harn.

El hombre se detuvo. Cuatro pistolas desintegradoras le apuntaban desde todos los ángulos.

Kor-Harn se posó en el suelo.

— ¿Quién eres tú? —preguntó.

— ¿Yo? —contestó el sujeto—. No sé, no tengo nombre…

Kor-Ham se quedó perplejo.

— ¿De dónde has sacado el yelmo que llevas puesto en la cabeza?

— ¿Qué yelmo?

El general se pasó una mano por la cara.

— Mira, no estoy de humor para bromas. Contesta de una vez, si no quieres exponerte a un serio disgusto. Ese yelmo me lo quitaron dos personas, un hombre y una mujer. ¿Dónde están ahora?

Hubo un momento de silencio. De pronto, las piernas del prisionero empezaron a desaparecer.

— ¿Qué pasa? —gritó uno de los guardias.

Los muslos y el bajo vientre se esfumaron. El torso y los brazos desaparecieron también.

Instantes después, sólo quedaba el casco que, tras aguantarse en el aire una fracción de segundo, rodó por el suelo con metálico tañido.

Atónito, y también asustado, Kor-Ham dio un paso atrás.

— ¿Qué sucede aquí? —exclamó.

Pero ninguno de sus hombres podía darle la menor explicación de aquel extraño fenómeno.

* * *

— Necesito un lugar donde poder trabajar con tranquilidad,

unas cuantas horas.

— ¿Para qué? —preguntó Physis, mientras se dejaban llevar por una acera deslizante.

— No sé de dónde diablos he sacado esa facultad de materializar todo lo que dibujo —contestó él—. Pero lo cierto es que puedo hacerlo. Ahora bien, esto representa un cierto inconveniente para mí.

— ¿Cuál es el inconveniente, Andrés?

— El tiempo.

— Creo que te comprendo —dijo Physis.

— Me convendría mucho perder varias horas, o quizá un día, en dibujar todo lo que yo crea que pueda necesitar en un momento dado. De este modo, cuando llegase el instante propicio, dispondría instantáneamente del objeto deseado, ¿comprendes?

— Sí, Andrés. Podemos ir a casa de Koff Ung. Cree que allí estaremos en seguridad —sugirió ella.

— De acuerdo. Tú me guiarás.

A veces, dejaban la acera deslizante y caminaban a pie. Andrés observó el sencillo pero práctico trazado de la capital, cuyos edificios carecían de ornamentos exteriores.

El estilo era idéntico para todos: cubos con puertas y ventanas, aunque los tamaños variaban. Apenas había edificios que sobresaliesen de los demás, por lo que el conjunto resultaba agobiante y monótono.

— Por cierto —dijo él de pronto—, todavía no me has dicho dónde está el palacio imperial.

— Está al otro lado de la selva de Zragzar —contestó Physis—. Mejor dicho, en el centro de un enorme claro de varios cientos de kilómetros cuadrados. La selva es como una especie de protección, ¿comprendes?

— Sí, si me dices cuáles son los peligros de esa selva, Physis.

— Animales salvajes y plantas vivientes. El diámetro total de la selva es de unos trescientos kilómetros y nadie que ponga el pie en ella puede salir con vida.

— Bonito lugar —se estremeció Andrés—. Yo creí que el palacio imperial estaría en la capital del planeta.

— Lo estuvo en un tiempo, pero el abuelo de Glaia no era un personaje muy popular y consideró oportuno clarear una parte de la

selva, para edificar allí su residencia. También se llevó la Gran Máquina, como es lógico.

— ¿Qué medios hay para llegar al palacio?

— Por el aire, únicamente.

— ¿Emplean algún método para protegerse de la selva? Porque es lógico pensar que, si no se impide, los árboles y las plantas tratarán de ocupar el claro que ahora existe allí.

— Desde luego.

— ¿Una barrera circular?

— Sí, pero no cupular, claro.

— Entiendo.

Continuaron su camino. Minutos más tarde, llegaban a casa de Koff Ung.

Physis llamó varías veces, sin obtener el menor resultado. Desalentada, se volvió hacia Andrés.

— No está en casa —dijo.

Andrés reflexionó unos momentos.

—¿Es muy amigo vuestro? —preguntó.

— Bastante —contestó ella.

— Entonces, no le importará que entremos en su casa sin permiso.

— Pero la puerta está cerrada…

Andrés sonrió.

— ¿Es que no sabes que yo dispongo de medios para abrirla? —contestó.

Estudió la cerradura unos instantes y luego se puso a dibujar. Un cuarto de hora más tarde, había franqueado el paso.

— ¿Lo ves? —dijo—. Necesito perder un día para tener listos todos los objetos que pueda necesitar.

— Tienes razón —concordó ella—. Posees un arma formidable, pero te demoras mucho en emplearla.

— Y llegará el momento en que necesite utilizarla de modo instantáneo, así que voy a poner manos a la obra ahora mismo —decidió Andrés.

* * *

Andrés trabajaba sin descanso. Physis le había llevado comida

en una ocasión y él se había alimentado sin abandonar su tarea.

El dueño de la casa no había aparecido todavía. Physis se preguntó si no estaría haciendo algún turno en la computadora.

La muchacha durmió varias horas. Cuando terminó, vio que Andrés continuaba enfrascado en su labor.

— ¿No te sientes cansado? —preguntó.

— A decir verdad, sí. —Andrés estiró los brazos—.

Tengo ya casi todo listo y me convendría dormir un rato.

— Puedes ocupar el dormitorio de Koff Ung. No sé qué ha podido pasarle, pero no ha aparecido todavía por casa.

— Bueno, ya vendrá —dijo él, ahogando un bostezo—. Physis, avísame en cuanto llegue.

— De acuerdo. Duerme tranquilo.

Andrés se fue al dormitorio. Physis quedó en la sala, contemplando los dibujos que él había realizado, la mayor parte de los cuales le resultaban totalmente desconocidos.

— Deben de ser armas de su planeta —murmuro.

De pronto, encontró dos dibujos que se referían a ella. Uno la representaba en su estado actual; el otro era una copia exacta de su cara y figura auténticas.

— Me ha disfrazado, pero no me gusta el aspecto que tengo —murmuró enojada.

Y, de pronto, sin saber por qué, arrancó la hoja en que se veía representada como una chica de formas exuberantes y la rasgó en mil pedazos.

Sintió un ligero hormigueo en el cuerpo, pero no le dio la menor importancia. Luego examinó con gran atención aquel extraño artefacto que tenía dos ruedas de un extraño grosor, provistas de numerosos radios.

Koff Ung seguía sin aparecer. Physis empezó a pensar en la conveniencia de indagar sobre su paradero.

Miró hacia el dormitorio. Andrés tenía sueño para rato. Podía ausentarse, creía, dos o tres horas, sin dificultad alguna.

Tomada la decisión, salió a la calle y caminó cosa de dos centenares de metros. De pronto, vio a una pareja de guardias imperiales parados en una esquina.

Physis continuó su camino con naturalidad. Los guardias la miraban con interés.

Súbitamente, uno de ellos exclamó:

— ¡Eh, tú! ¿No es ésa la chica a quien todos estamos buscando?

Physis sintió que el corazón le latía con violencia. Quiso continuar adelante, pero una mano de férreos dedos aprisionó su brazo.

— Sí, es la misma —dijo otro guardia—. Su cara es inconfundible, compañero.

— El general se va a poner muy contento cuando le anunciemos su captura —exclamó el otro guardia alborozadamente.

Physis intentó protestar.

— Se equivocan. Yo no soy…

Pero en aquel momento se vio reflejada en su cristal y un súbito temblor acometió todos sus miembros.

Inexplicablemente, sin saber cómo, había recobrado su apariencia habitual. El reconocimiento de su identidad por parte de los guardias, resultaba, pues, lógico.

Capítulo IX

Glaia descendió por la escalera de caracol, de piedra, que conducía a los subterráneos del palacio, y se detuvo ante una puerta de hierro, sin aberturas, a ambos lados de la cual había dos hombres con el uniforme de la guardia imperial.

— Abrid —ordenó.

Uno de los soldados se precipitó a cumplir el mandato. La puerta se abrió y Glaia cruzó el umbral.

— La puerta debe estar cerrada hasta que yo lo disponga —indicó por encima del hombro.

Glaia quedó a solas con el hombre que estaba encerrado en el calabozo. El prisionero se puso en pie lentamente y la miró sin rencor.

— ¿Te lo has pensado mejor, Koff Ung? —preguntó la emperatriz.

— No he variado de idea, señora —respondió Ung.

— Eres un tonto —le apostrofó ella—. No te das cuenta exacta de tu situación.

— La conozco perfectamente, pero no pienso modificar mi actitud por nada del mundo.

— Tus compañeros accedieron a ayudarme. ¿Por qué no has de hacer tú lo mismo? —se quejó Glaia.

— Hice un juramento. No puedo quebrantarlo.

— ¡Lo quebrantas por orden mía!

— Pero no para beneficio de Swaldar —alegó Ung, impasible.

— ¡Qué sabes tú! —contestó Glaia desdeñosamente—. Ocupas un puesto insignificante y careces de perspectiva para los asuntos de estado. Al negarte a acatar mis indicaciones, me causas un perjuicio enorme.

— Lo que te perjudica a ti, ¿perjudica también al pueblo?

— Sí. ¿Cómo puedes dudarlo siquiera?

Koff Ung movió la cabeza.

— Se hizo una consulta a la computadora. Ésta dio una respuesta. Yo no puedo colaborar en el crimen de falsear tal respuesta. Eso es todo, señora.

Los ojos de Glaia fulguraron de ira.

— No tengo prisa —dijo—. Puedo esperar, Koff Ung. Pero una cosa es segura. Aquí te pudrirás hasta que decidas cambiar de opinión.

— Ya conoces cómo pienso. No cambiaré de idea por mucho tiempo que pase. Creo ser un hombre honesto conmigo mismo y con los demás, y ciertas cosas me dan repugnancia.

— Como quieras, pero yo tampoco cederé. La razón de estado se encuentra muy encima de mezquinos intereses particulares.

— ¿Cuáles son los intereses particulares? ¿Los tuyos o los míos? —contestó el prisionero mordazmente.

Glaia lanzó una maldición, muy poco acorde con su imperial personalidad, y se encaminó a grandes zancadas a la puerta.

— Recuerda —advirtió, un instante antes de salir—. Cuando quieras ser libre, bastará que llames a la puerta y que digas a los guardias que has cambiado de idea.

— No cambiaré —aseguró el prisionero sin inmutarse.

* * *

Andrés despertó muy descansado y fue al baño, donde se aseó convenientemente. Luego se dirigió hacia la sala.

La muchacha no estaba a la vista.

— ¡Physis! —llamó.

Ella no contestó. Extrañado, Andrés frunció el ceño, preguntándose adonde podría haber ido.

De repente, divisó en el suelo un montón de diminutos trozos de papel, que parecían proceder de una hoja rota en mil pedazos. Intrigado, recogió uno y lo examinó atentamente.

— ¡Maldición! —dijo de pronto—. Pero ¿qué estupidez ha cometido esa chica?

El dibujo de Physis en su estado normal aparecía intacto. Andrés adivinó en el acto lo sucedido.

— Claro que ella no podía medir el alcance de su acción... —murmuró.

Pero el peligro que corría saltaba a la vista. Physis podía ser reconocida en cualquier instante por los esbirros de Kor-Harn.

Lo malo era que no sabía dónde podía encontrarla. Le gustase o no, tendría que esperar a que regresara.

De repente, llamaron a la puerta.

Andrés reaccionó velozmente. Saltó sobre el cuaderno de dibujo y manipuló con brevedad. Se lo guardó en el seno y apuntó hacia la puerta con un revólver de seis tiros, enteramente terrestre.

— Pase —invitó en voz alta.

La puerta se abrió. Un hombre joven, de apariencia agradable, apareció en el umbral.

— Hola —saludó—. ¿No está el dueño de la casa?

— ¿Quién es usted? —preguntó Andrés, sin soltar el revólver.

El recién llegado contempló durante unos instantes el arma que Andrés empuñaba con firmeza. Luego fijó la vista en el rostro del joven.

— Mi nombre es Grin de Vuddox —se presentó—. Busco a Koff Ung.

— Lo siento. No está. Yo me llamo Andrés, pero quizá pueda ayudarle si me dice qué quiere de Ung.

— Disculpe, pero es un asunto particular. ¿No sabe cuándo volverá?

— No, no tengo la menor idea.

— Gracias, Andrés.

Vuddox se volvió. De pronto, se encaró nuevamente con Andrés, a la vez que sonreía.

— Tengo la sensación de que ese trasto no es un arma swadariana precisamente —dijo.

— No, no lo es —corroboró Andrés.

— Ya me parecía a mí. Está bien, adiós.

— Adiós.

La puerta se cerró. Andrés guardó el revólver en la funda sobaquera que también había dibujado y se puso a pasear nerviosamente por la sala.

— ¿Dónde diablos se habrá metido esa condenada muchacha? —masculló.

* * *

Physis estaba en aquellos momentos a bordo de un pequeño aparato de patrulla, pilotado por uno de los guardias que la habían arrestado.

Ahora comprendía su error, aunque era demasiado tarde para lamentarse. Andrés había tenido razón al darle una nueva apariencia, y ella, en un acceso de irrazonable enojo, había destruido la labor del joven.

Los dos guardias parecían sumamente satisfechos por la captura de Physis. Les aguardaban importantes recompensas, a juzgar por su charla. Un ascenso era seguro, por lo menos.

Pero Physis no se resignaba con su suerte. Tenía que hacer algo para escapar. Si no luchaba, acabaría en el palacio imperial… y sería la esposa del príncipe heredero, a quien ella detestaba con todas sus fuerzas.

Y aunque llegase a quererle con el tiempo, cosa harto problemática; ella le conocía bien y sabía que Mareshan le sería infiel antes del primer mes de matrimonio. No, no estaba dispuesta a convertirse en la esposa de un tipo tan poco recomendable, sólo porque lo dijese una máquina.

Observó a los guardias. Estaban sentados delante de ella. Uno pilotaba. El otro contemplaba el monótono paisaje de la selva de Zragzar, que desfilaba por debajo de ellos, a unos cien metros escasos de distancia.

Los ojos de Physis se fijaron en la pistolera del guardián sentado a la derecha del piloto. El hombre estaba por completo distraído.

Ninguno de los dos se fijaba en ella. Seguros de su captura, charlaban indiferentemente.

Physis se puso en pie. Con suma cautela se aproximó a su objetivo. Si se apoderaba de la pistola, les amenazaría con el arma, dándoles la orden de regresar a la capital.

Su mano se alargó en silencio hacia la funda del arma. Empezó a levantar la tapa, pero, en aquel momento, el guardia se movió y su codo rozó la mano de la muchacha.

— ¡Eh! ¿Qué diablos…?

Physis forcejeó para apoderarse del arma. El guardia se revolvió

encolerizado.

— ¡Deja eso! —aulló.

Physis había agarrado la pistola, pero no conseguía sacarla del todo. De pronto, el arma se disparó y la descarga abrió un ancho boquete en el suelo del aparato.

— ¡Quieta! —rugió el guardia, sin dejar de luchar con Physis.

Pero la joven no daba su brazo a torcer. De repente, el aparato se tambaleó con violencia.

— El disparo ha inutilizado los sistemas de sustentación —gritó el piloto, despavorido.

Su compañero logró rechazar a Physis, lanzándola de un violento empellón al otro lado de la cámara. Physis rodó por el suelo y su cabeza chocó contra un saliente de metal. Sintió un estallido dentro del cráneo y perdió el conocimiento.

El aparato se precipitó hacia tierra. En el último instante, el piloto consiguió nivelar un tanto la caída y asimismo redujo la velocidad. Se oyó ruido de ramas tronchadas y luego, con tremendo estrépito, el artefacto chocó contra el suelo.

Rebotó un par de veces. Saltó. Se oyeron crujidos. Luego se inmovilizó.

Aturdidos, los guardias se pusieron en pie. Uno de ellos miró hacia la chica y vio un hilillo rojo en su sien derecha.

— Está muerta —dijo.

— Vámonos de aquí —dijo—. El palacio está solamente a un par de horas de marcha. Con un poco de suerte, podremos llegar sanos y salvos.

No tuvieron suerte. Cinco minutos más tarde, unos horribles chillidos quebraron el silencio que reinaba en aquella espantosa selva.

Physis los oyó, pero, aturdida, no supo captar su significado. Hubo de pasar mucho rato todavía antes de que se encontrara en condiciones de saber con exactitud la situación en que se hallaba.

Capítulo X

Andrés hervía de furia.

— ¡Condenadas mujeres!

Physis estaba en un apuro, de ello no le cabía la menor duda. Y si no era así, ¿por qué no había dado todavía señales de vida?

Impaciente, se asomó a la ventana con objeto de ver si captaba la llegada de la muchacha. Nada, no se divisaba el menor rastro de Physis.

En cambio, vio otra cosa que le preocupó bastante.

Grin de Vuddox estaba parado al otro lado de la calle, apoyado en una esquina, en actitud negligente. ¿Era un espía?, se preguntó.

Reflexionó durante unos minutos. ¿Debía hablar con él?

Era muy probable que Vuddox se negase a contestar a sus preguntas. Pero, ¿no habría un medio de obligarle a ello?

Al cabo de unos momentos, tomó una decisión.

Vuddox se sorprendió muchísimo, cuando alguien se acercó por detrás y apoyó una cosa dura en su espalda.

— No es un arma swadariana, pero mata —dijo Andrés.

— ¿Duele? —preguntó Vuddox fríamente.

— Según donde se reciba el proyectil —contestó el joven—. Camine.

— ¿Adónde vamos?

— A un sitio donde podamos hablar sin temor a ser interrumpidos. A casa de Koff Ung.

— Empiezo a sospechar que tiene usted algo que ver con su desaparición —dijo Vuddox.

— Se equivoca, pero no voy a discutirlo ahora. ¡Camine!

Regresaron a la casa. Andrés hizo que Vuddox se sentara frente a él.

— Usted no es swadariano —dijo Vuddox.

— No, soy terrestre.

— ¿Pertenece su planeta al Gran Conglomerado?

Andrés enarcó las cejas.

— ¿Qué es el Gran Conglomerado? —preguntó.

— Una unión de planetas, con gobiernos independientes, pero con decisiones comunes cuando se trata de mundos extraños al Conglomerado. En total, los planetas unidos son unos seiscientos cincuenta.

— Una poderosa federación —observó Andrés.

— Así es, pero, por lo que veo, usted no pertenece a ella.

— En mi planeta ni siquiera se sospecha que existan otros mundos habitados. Se sabe que debe de haberlos, naturalmente, pero se ignora dónde se encuentran.

— Extraño planeta el suyo —dijo Vuddox—. Pero muy adelantado, a juzgar por su presencia en Swaldar.

Andrés sonrió.

— Temo que usted sufre un error —contestó—. Sin embargo, no es el momento de dar explicaciones sobre este asunto. En cambio, las quiero sobre los motivos de su visita a Koff Ung.

— Así, pues, usted es extranjero en Swaldar —murmuró Vuddox pensativamente—. ¿Cómo ha venido aquí?

— Me lo pidió una chica. No quiere casarse con el príncipe heredero. Me pareció oportuno ayudarla.

— ¿Se llama Physis esa muchacha?

— Sí. ¿La conoce usted?

— No personalmente, aunque sí parte de su historia. Es extraordinario —comentó Vuddox.

— ¿Por qué es extraordinario? —quiso saber Andrés.

Vuddox sonrió.

— Amigo, da la casualidad de que ambos peleamos por la misma causa. Ninguno de los dos queremos que Physis sea la esposa de ese degenerado de Mareshan.

Andrés se quedó con la boca abierta.

— No lo entiendo —contestó.

— Lo entenderá mejor cuando le diga que Swaldar pretende hacerse con el control del Gran Conglomerado, cosa que logrará si se realiza ese matrimonio —respondió Vuddox.

— ¡Qué absurdo! —resopló Andrés—. ¿Cómo puede un simple

matrimonio alterar el equilibrio político de esa federación de planetas?

— Muy sencillo —respondió Vuddox—. Physis es la hija de Quool XXI, rey-emperador de Kharawor. Si ese matrimonio llega a celebrarse, Mareshan podrá convertirse un día en el dueño de ambos planetas. La riqueza y el poderío de Kharawor son incalculables, pero, hasta ahora, sus reyes-emperadores no han hecho nada para dominar a sus vecinos. Mareshan carecía de escrúpulos y provocaría un tremendo desequilibrio político, con las consecuencias que son de prever.

— ¡Rayos! —juró Andrés—. Esto es más complicado de lo que parece a simple vista.

— Lo es —confirmó Vuddox llanamente.

— ¿Y ella lo sabe?

Vuddox hizo un gesto negativo.

— Physis ignora siquiera que es hija de Quool —contestó.

* * *

Cautelosamente, Physis se asomó a la puerta de la destrozada navecilla y lanzó una temerosa mirada por los alrededores.

Delante de sus ojos había un aterrador panorama de árboles gigantescos, con troncos de hasta diez metros de grosor y copas que alcanzaban fácilmente cien y más metros de altura. El espacio entre árbol y árbol era lo suficientemente grande como para permitir el crecimiento de enormes arbustos, de los cuales nacían extrañas flores de raro color y tamacorolas de tamaño exuberante.

Physis vaciló.

Sabía que la selva de Zragzar era mortal. No sé conocía a nadie que hubiera salido con vida de ella.

Por otra parte, no podía quedarse siempre en la nave. Era un aparato corriente, para vuelos cortos. No disponía de reservas de agua ni víveres.

Algo le rozó la cara de pronto y lo apartó con la mano instintivamente. Al volver los ojos, vio que era un zarcillo de una planta trepadora.

Otro zarcillo onduló delante de ella. Physis sintió un escalofrío.

La planta trepadora, creciendo con inusitada rapidez,

amenazaba con envolver totalmente a la nave.

Era preciso escapar de allí cuanto antes. En menos de una hora, la nave podía quedar sumergida bajo un océano de hojas y ramas, que acabarían por aprisionarla a ella también.

Una rama flexible serpenteó en la nave. Physis se lanzó al exterior de un salto.

— Si pudiera pedir socorro a Andrés… —se quejó con amargura.

Ahora ya no le quedaba más que una solución: precisamente, la que había tratado de evitar desde el primer día.

Su salvación estribaba en alcanzar el palacio imperial. Se dijo que resultaba una sarcástica paradoja. Ella misma se pondría en manos de aquellos de quienes había huido constantemente desde hacía tiempo.

Pero no podía entretenerse en reflexiones. Era preciso actuar cuanto antes.

Echó a andar, sorteando los obstáculos que le salían al paso. De súbito, cuando apenas llevaba recorridos cien pasos, notó un espantoso hedor en las inmediaciones.

Algo se movió delante de ella. Physis contempló el espectáculo con ojos desorbitados por el terror.

¿Era un animal? ¿Una planta viviente?

Unas hojas gigantescas, de más de cuatro metros de largo por dos de ancho y casi medio metro de grosor, de contextura carnosa, se movían lentamente, abriéndose en una especie de corola de color entre verdoso y violado.

La planta estaba sostenida por un tronco de más de un metro de diámetro, del que nacían irnos gruesos tentáculos que serpenteaban lentamente en el aire. La corola terminó de abrirse.

Physis lanzó un agudo chillido.

Aquella horrible flor se movió espasmódicamente y expulsó de su corola una serie de huesos blancos, completamente mondos. Physis vio rodar dos calaveras por el suelo.

Recordó los gritos que había oído. Eran los de los guardias atrapados por la planta carnívora.

Los desdichados habían sido dirigidos por el formidable poder disolvente de la planta. Incluso sus ropas habían desaparecido.

Las armas fueron expulsadas igualmente, pero Physis no tenía la seguridad de que funcionasen, después de haber estado sumergidas

un tiempo en los corrosivos jugos gástricos del vegetal.

Además, ¿cómo alcanzarías sin ser atrapada por aquella formidable fiera con raíces?

De repente, un tentáculo serpenteó hacia ella. Lanzando un chillido de pavor, Physis retrocedió de un salto.

Algo se enroscó con fuerza en su cintura. Physis bajó los ojos.

Era una cosa cilíndrica, flexible, de color verdegris sucio, que la oprimía con fuerza irresistible.

Volvió los ojos. A seis o siete pasos de distancia, los pétalos prensiles de otra flor carnívora temblaban con rápidos estremecimientos, como si la planta disfrutase por anticipado del festín que Physis iba a proporcionarle. Lenta e irresistiblemente, la muchacha fue arrastrada hacia la planta, de la que se desprendía un hedor indescriptible.

* * *

— Así que no sabe dónde está.

— No. Se marchó mientras yo dormía y lo peor es que ha recobrado su aspecto primitivo, perdiendo el que le había dado para que pudiera pasar desapercibida.

Vuddox puso cara de extrañeza.

— ¿Quiere decir que la disfrazó? —inquirió.

— Bueno, le di otra apariencia. Ella rompió el papel y…

— Debo ser tonto —dijo Vuddox—. No le entiendo en absoluto, Andrés.

El joven le explicó en qué consistía su poder. Vuddox se quedó pasmado.

— Y todavía dirá que su planeta es mucho más atrasado que los que componen el Gran Conglomerado —dijo—. Le aseguro que no hemos conocido jamás a un hombre con sus fenomenales poderes, Andrés.

— Tampoco en la Tierra, Grin —sonrió el joven—. Soy el único, que yo sepa, capaz de realizar esas cosas. Pero ni yo mismo conocía mis poderes, hasta que lo descubrí por casualidad.

— O sea, que por medio de la mente…

— Sí, pero si no fuera un mediano dibujante, ese poder no me serviría para nada.

— ¿Ha probado con algún dibujo que no esté hecho por usted mismo? —preguntó Vuddox.

— Confieso que no.

Vuddox vaciló un momento. Luego, tomó el lápiz y dibujó una espada.

— Tampoco yo lo hago mal del todo —sonrió—. Trate ahora de materializarla.

La prueba no dio resultado.

— Lo siento —dijo Andrés—. Sólo obtengo resultados con mis propios dibujos.

— Es lógico —murmuró Vuddox—. Lástima, me gustaría haber hecho algo para localizar a Physis.

— Oh, si es por eso, no se preocupe. Aquí tengo yo los elementos necesarios para ello —sonrió el terrestre.

Hojeó el cuaderno hasta encontrar un aparato que tenía una pantalla de televisión. El aparato se materializó instantáneamente.

— Ahora encontraremos a Physis —dijo.

— ¿Cómo lo logrará? —preguntó Vuddox.

— Bueno, trataré de enlazar mentalmente con ella y su imagen aparecerá en la pantalla. Primero moveré el sintonizador de ondas cerebrales; cuando las ondas de ambos cerebros estén en la misma banda, daré el contacto de imagen. Espere un momento, Grin.

Andrés movió un par de botones en el aparato. Una lámpara verde se encendió a los pocos instantes.

— Ya he sintonizado la onda cerebral de Physis —dijo.

— Es fantástico —exclamó Andrés— ¿Cómo logró construir ese aparato?

—Sencillamente, pensé en un instrumento que fuese capaz de alinear en una misma longitud de onda las bandas de emisión cerebral y que luego hiciera visibles las imágenes. Luego lo dibujé según pensaba yo que debía ser, pero no me pregunte por los chismes que hay en su interior, porque no sabría darle una respuesta. Funciona y eso es todo.

— ¿Podrá verle ella, Andrés?

— No, porque no tiene un aparato similar. De otro modo, desde luego: nos veríamos y conversaríamos sin la menor dificultad.

— Es decir, que ahora puede verla, pero no hablar con ella.

— Exactamente.

Andrés movió otro mando. La pantalla se iluminó en el acto.

Physis se hizo visible. Andrés lanzó una exclamación

— ¡Demonios! —dijo Vuddox—. Está a punto de ser devorada por una flor carnívora.

Andrés se sentía desconcertado.

— Aquella escena… ¿No la había dibujado él para una de sus historietas?

Por cierto, el trabajo quedaba interrumpido en aquel punto.

Durante unos instantes, Andrés se sintió desolado, porque ignoraba la forma en que Physis debía ser salvada de la horrible muerte que la esperaba en el interior de aquella hedionda corola.

Capítulo XI

El tentáculo tiró un poco más.

Physis se acercó otro metro a la flor. Un segundo tentáculo, más delgado que el anterior, se enroscó en una de sus pantorrillas.

Su suerte estaba echada. Dentro de unos momentos, se sentiría sumergida en un líquido abrasador, que la asfixiaría en pocos segundos. Después…

Súbitamente, algo cayó del cielo.

Dos hombres surgieron ante sus ojos, armados con unos extraños artefactos que consistían en sendas mochilas, colocadas en la espalda, y provistas de unas mangueras flexibles, cuyas bocas sostenían con las manos.

— ¡Aguanta lo que puedas, Physis! —gritó Andrés.

Ella lanzó un gemido de alegría. Hubiera caído al suelo, de no hallarse sostenida por los tentáculos que aprisionaban su cuerpo.

Andrés y su acompañante se acercaron a la planta por dos puntos distintos. Dos enormes chorros de llamas brotaron de las mangueras que llevaban en las manos, acopladas a los depósitos dorsales. Andrés seccionó primeramente los tentáculos que aprisionaban a Physis, quien, exhausta y jadeante, rodó por tierra, mientras los dos hombres abrasaban a la planta con sus descargas de líquido inflamable.

— ¡Cuidado, Grin! —advirtió Andrés de pronto.

Vuddox se volvió. Un tentáculo de otra planta avanzaba hacia él.

Un chorro de fuego líquido le convirtió en hediondas cenizas. La primera planta era una masa de carbón nauseabundo.

—Creo que el campo está despejado —dijo Vuddox a los pocos momentos.

— Hasta cierto punto —objetó Andrés—. Parece que nos hemos metido de lleno en un campo de estas mortales plantas carnívoras.

— Lo mejor será que abandonemos la selva, ¿no te parece?

— De acuerdo.

Andrés se inclinó hacia la muchacha. Physis le dirigió una mirada de gratitud.

— ¿Cómo te encuentras? —preguntó él, sonriendo.

— No sé si viva o muerta…

El joven alargó una mano. Physis se puso en pie.

— Tenemos que irnos —dijo.

— No veo ninguna nave —alegó ella.

— No nos hace falta. Ah, a propósito, te presento a Grin de Vuddox. Viene de Kharawor.

Physis miró al otro joven con curiosidad. Vuddox hizo una inclinación de cabeza.

— Es un placer conocerte —dijo.

— Encantada —murmuró ella. Se volvió hacia Andrés—. Eres un tipo extraordinario. ¿Cómo has podido entrar en relación con un hombre de Kharawor?

Andrés emitió una débil sonrisa.

— Es algo largo de contar —respondió.

— Convendría que nos alejásemos de aquí cuanto antes —aconsejó Vuddox.

— Desde luego. Ahora mismo…

Andrés se interrumpió. Acaban de sonar voces humanas a poca distancia.

— Ve allí —dijo alguien—. Yo iré por el lado contrario. Describiré un círculo de trescientos pasos y me encontraré contigo en el extremo opuesto.

— Sí, señor, pero si me permite un consejo…

— ¡No te permito nada! ¿Crees que soy un chiquillo que no sabe manejarse? Largo y haz lo que te he dicho inmediatamente.

— Sí, señor, como el señor mande…

Andrés tiró suavemente de Physis, buscando un lugar para esconderse, el cual encontró a pocos pasos de distancia, detrás de un árbol de excepcional grosor. Vuddox les siguió en el acto.

Guardaron silencio, mientras contemplaban lo que sucedía en aquel pequeño claro. De pronto, un hombre, armado con un corto venablo y un puñal de afilada hoja, apareció ante los ojos del trío.

Physis reconoció al hombre en el acto. Apenas si pudo contener

una exclamación de sorpresa:

— ¡Es Mareshan!

* * *

Andrés no se quedó menos sorprendido que la muchacha.

— El príncipe heredero —musitó— ¿Qué diablos puede hacer aquí?

— Cazar —explicó Vuddox lacónicamente.

— Mareshan pretende demostrar su hombría. Hay armas más poderosas que el venablo y el puñal que lleva, pero entonces la caza no tendría mérito.

— Eso ha pasado también en determinadas épocas, en mi planeta —murmuró Andrés—. Pero ¿qué rayos va a cazar?

— Las fieras abundan mucho en la selva de Zragzar —indicó Physis.

Mareshan parecía haberse detenido irresoluto en el centro del claro. De repente, algo serpenteó hacia él a ras de suelo.

La mano de Physis se aferró al brazo de Andrés.

— Quizá esas plantas tienen un mínimo de inteligencia y recuerdan nuestros chorros de fuego —sugirió Vuddox.

— Es probable —admitió el terrestre. Y, de súbito se oyó un aterrador rugido.

Mareshan giró en redondo. El tentáculo retrocedió.

Un enorme animal apareció de súbito en el claro. Andrés se quedó pasmado ante su aspecto.

Era una mezcla de león, dragón y rinoceronte, con ocho pares de patas, cresta escamosa a todo lo largo de su dorso, dientes de sable y garras tremendamente afiladas. Tenía una cola larguísima, que se bifurcaba en dos ramificaciones, rematadas por sendos aguijones de una materia que parecía córnea muy dura.

— ¡Vaya un bicho! —masculló Andrés.

Mareshan plantó los pies en el suelo.

— A su modo, es valiente —dijo Vuddox—. Si lo mata, se llevará los aguijones de la cola como trofeo.

— ¿Y… si no lo mata?

— Swaldar se quedará sin príncipe heredero.

— Hombre, ésa podía ser una buena solución para tus

problemas, ¿no es así, Physis?

— No soy tan sanguinaria —contestó ella.

El monstruo se lanzó al ataque. Mareshan arrojó el venablo, pero la punta rozó una de las escamas laterales y rebotó inofensivamente.

Mareshan sacó el puñal. En el último momento, saltó a un lado y la fiera pasó de largo. Mareshan se dejó caer de espaldas al suelo, eludiendo así un furioso coletazo.

— El golpe iba dirigido al cuello —explicó Vuddox—. De haberle alcanzado, ahora tendría la yugular seccionada.

El animal, dentro de su rapidez, resultaba algo lento, debido a su tremenda corpulencia. Giró a unos metros de distancia, cortó de un furioso coletazo un tentáculo vegetal que se le había acercado demasiado y se preparó para un nuevo ataque.

Mareshan se puso en pie, aprestándose de nuevo a la defensa.

— En medio de todo, es preciso reconocer que es un valiente —dijo Andrés—. Pero quiero evitar una carnicería.

Abandonó su refugio y corrió hacia la bestia, que aullaba ferozmente. El animal volvió su enorme cabezota.

Mareshan contempló asombrado a aquel individuo que surgía de la espesura tan inesperadamente. La fiera bramó y se lanzó de nuevo al ataque.

Andrés afirmó los pies en el suelo. Ya tenía su revólver en la mano. Apuntó cuidadosamente y disparó cinco tiros a la bocaza del animal.

Las detonaciones tabletearon con gran estrépito. La fiera se agitó convulsivamente y rodó por tierra. Un último disparo, dirigido a su frente, acabó con ella.

Physis y Vuddox salieron de su escondite. Mareshan se sentía pasmado.

— Debo darte las gracias —dijo—. Pero ¿qué clase de arma has empleado? —preguntó.

— En mi país se le llama pistola o revólver, tanto da —contestó Andrés, al tiempo volvía el arma a su funda—. Celebro haberte salvado la vida, señor.

— Me conoces —dijo Mareshan.

Andrés hizo una profunda inclinación.

— Es para mí un gran honor haberte librado de un gravísimo

peligro, señor —contestó.

— No soy desagradecido —dijo Mareshan—. Si necesitas algo, pídemelo sin vacilar… aunque antes debieras darme tu nombre.

— Soy Andrés, de la Tierra —contestó el joven.

— Nunca he oído nombrar ese planeta, Andrés.

— Es que no pertenece al Gran Conglomerado, señor.

Mareshan fue a decir algo, pero, en aquel momento, vio a Physis y a Vuddox, que habían abandonado su escondite.

— ¡Vaya! —exclamó el príncipe—. Pero… ¡si es mi prometida!

— Yo no soy tu prometida —contestó Physis secamente—. Sólo lo seré del hombre a quien ame, cosa que no sucede contigo.

— La computadora…

— Me importa un pito lo que diga el maldito artefacto —contestó Physis agriamente—. No me casaré contigo por mucho que tu madre se empeñe en ello.

— Recuerda que tu familia está prisionera en palacio.

— Lo sé, pero ni siquiera eso me hará cambiar de actitud. Andrés, creo que debiéramos irnos.

Mareshan volvió los ojos hacia el terrestre.

— ¿Estás de su parte? —preguntó.

— Ella no quiere casarse contigo, señor —respondió Andrés significativamente.

— Si estás a su favor, estás en contra mía.

— Lo siento —dijo Andrés.

Mareshan miró luego a Vuddox.

— Y tú, ¿quién eres? —preguntó.

— Un amigo de los dos —contestó Vuddox en tono evasivo.

— Puedo llamar a la guardia en mi auxilio —dijo Mareshan—. Estarían aquí antes de diez minutos.

Andrés sonrió.

— Tenemos tiempo de sobra —contestó—. ¿Vámonos, Vuddox?

— Cuando quieras.

Los dos hombres agarraron a Physis por los brazos. Ella, asombrada, quiso decir algo, pero antes de que pudiera abrir la boca, se sintió elevada raudamente en el aire.

Mareshan se quedó atónito. Utilizando sendos propulsores individuales, de gran potencia, al parecer por los resultados, los dos hombres y la mujer desaparecieron en contados segundos de su

vista.

Capítulo XII

— Así no podemos seguir —dijo Andrés—. Es preciso buscar un medio de salir de este atolladero en que nos encontramos.

— El problema estriba en que Koff Ung no da señales de vida y necesitaríamos sus informes —opinó Vuddox.

— ¿Y por qué no lo buscáis? —sugirió Physis.

— ¿Se te ocurre a ti alguna idea para encontrarlo? —preguntó Andrés.

Ella hizo un signo negativo.

— ¿No tendrá turno de servicio en la máquina? —dijo Vuddox —. Puesto que es consultor auxiliar…

— Ya tendría que haber salido. Los turnos son solamente de cuatro horas de duración.

— Andrés, ¿crees que es interesante hablar con Ung? —preguntó Vuddox.

— Yo opino que sí. Puesto que tú conoces el fondo del problema, Ung podría darnos muchos datos que nos son de interés.

— Podrías averiguar dónde está por el mismo procedimiento que empleaste con Physis —indicó Vuddox.

— Eso no es posible —contesto Andrés—. No conozco a Ung y, por tanto, no puedo dibujarle ni siquiera de memoria, como haría contigo y con Physis en cualquier momento.

Vuddox se volvió hacia la muchacha.

— ¿No habrá por la casa ningún retrato de Ung? —preguntó.

— No serviría. Tengo que hacer la copia del natural —contestó Andrés, anticipándose a la muchacha.

— Has hecho aparatos que se han materializado, sin necesidad de copiarlos del natural.

— Eso es diferente. Los aparatos no tienen cerebro que piense y emita ondas eléctricas. Claro que puedo dibujar a un hombre y

hacerlo moverse, como ya he hecho otras veces, pero el que dibujase no sería el auténtico Ung y no podría darnos los datos que deseamos conocer.

— Entonces, ¿no hay solución?

Physis levantó una mano repentinamente.

— ¡Esperad!

Los dos hombres la contemplaban con vivo interés. Tras algunos segundos de reflexión, Physis dijo:

— Creo que hay una solución para conocer el paradero de Ung. Su jefe, el Director-Consultor, podría indicamos dónde está ahora.

— ¿Conoces su nombre? —preguntó Andrés con avidez.

— Sí, se llama Fayc-Dorh, y también sé dónde vive —respondió la muchacha.

* * *

Era una joven muy hermosa y tenía el pelo de fuego, los ojos llenos de malicia y la sonrisa llena de ardor. Vestía livianamente y miraba al soldado con aire incitante.

— Todavía no me has dicho cómo te llamas —dijo el soldado, atraído por la excitante belleza de la pelirroja.

— Xelia —contestó ella.

— Xelia, ¿qué más?

— ¿Importa mucho?

— No, es cierto. Yo me llamo Bnomo. ¿Te gusta?

Xelia se encogió de hombros.

— Es un nombre como otro cualquiera —contestó.

Bnomo se fijó de pronto en un tatuaje que la pelirroja llevaba en el brazo, cerca del hombro.

— Nunca había visto un tatuaje semejante —dijo.

— Me lo hicieron de pequeña —contestó Xelia.

— Ahora te adorna mucho el brazo —elogió Bnomo, contemplando con interés las cinco estrellitas de oro que brillaban sobre la satinada epidermis de la pelirroja.

— Sí, desde luego —contestó ella con indiferencia.

— Oye —dijo Bnomo de pronto—, aquí hay mucha gente. ¿Por qué no nos vamos a un lugar donde podamos hablar sin tanto ruido.

Xelia paseó la vista por el amplio local, donde se divertía la

gente de Swaldar. Abundaban los guardias imperiales libres de servicio.

— Y, ¿adónde iríamos? —preguntó, sonriendo incitantemente.

— A mi alojamiento, claro. Es pequeño y modesto, pero está bien y tengo un par de botellas de buen vino que sólo piden ser descorchadas en una ocasión propicia.

— ¿Crees que ésta es una ocasión propicia, Bnomo?

El soldado se inclinó y puso los labios sobre el tatuaje.

— Es la mejor ocasión para vaciarlas sin que nadie nos estorbe —aseguró.

* * *

Fayc-Dorh miró aprensivamente a sus tres visitantes.

— ¿Ung? —repitió—. No sé dónde está…

— Usted es su jefe. No mienta —dijo Physis.

— Te digo que no…

Physis se volvió hacia Andrés.

— Te aseguro que miente. No es lógico que un Director-Consultor ignore el paradero de un Consultor auxiliar. Si le falta uno de sus hombres, debe saberlo, a fin de disponer el relevo en la forma más conveniente.

— Entonces, si miente, es que no quiere decimos dónde está.

— Exactamente.

— Pero ¿por qué miente? —preguntó Vuddox.

— Debe haber algún grave motivo para ello —contestó Andrés pensativamente.

Fayc-Dorh estaba en su sillón, contemplando con temor a sus tres visitantes. De pronto, empezó a mover la mano derecha hacia los botones de un aparato de comunicación.

Andrés captó el gesto y lanzó el aparato de un manotazo a un rincón de la estancia. Fayc-Dorh protestó airadamente.

— ¡Les costará caro…!

— ¡Cállese! —gruñó el joven.

— Andrés —suplicó Physis—, tienes que obligar a este miserable a que diga la verdad.

— Podríamos sacudirle unas cuantas tortas —sugirió Vuddox.

— No —le contradijo Andrés—. Es posible que nos engañase en

las respuestas y no tendríamos ocasión de comprobar su veracidad. Pero… —dijo de súbito—, creo que hay un medio mejor que la violencia.

Sentóse ante la mesa, sacó su cuaderno y el lápiz y empezó a dibujar en medio de un profundo silencio de sus compañeros.

De cuando en cuando, se detenía para meditar, pero reanudaba la labor casi inmediatamente. Treinta minutos más tarde, exclamó satisfecho:

— Bueno, ya está. Ahora sólo falta comprobar si funciona este chisme.

Un extraño aparato se materializó en el acto sobre la mesa, en medio del asombro de los presentes, pero, sobre todo, de Fayc-Dorh. El aparato tenía dos pares de auriculares, uno de los cuales encasquetó Andrés al Director-Consultor.

El otro era para él. Los dos pares de auriculares estaban conectados al aparato, que tenía, además, una especie de osciloscopio y una pantalla de televisión.

— Bueno —dijo— ésta es una máquina de la verdad que yo acabo de inventarme. Espero que dé resultado.

Movió unas cuantas teclas. Luego preguntó:

— ¿Dónde está Koff Ung?

— No lo sé —contestó Fayc-Dorh.

Unos trazos rápidos y violentos aparecieron en el osciloscopio. La pantalla de televisión aparecía gris, en funcionamiento, pero sin recibir imágenes.

— Estás mintiendo, Fayc —dijo Andrés tranquilamente—. ¿Quieres que te haga decir la verdad a fuerza de descargas eléctricas?

Era una amenaza falsa, pero Fayc-Ung no lo sabía.

— Bueno, yo tengo prohibido hablar de este asunto…

— Oh, puedes continuar observando la prohibición en el cementerio. ¿No es cierto, Vuddox?

— Sí, allí todo el mundo está callado —contestó el aludido, sonriendo anchamente.

Fayc-Dorh se estremeció.

— Diablos, ustedes no irán a…

— ¿Dónde está Koff Ung? —preguntó Andrés, inflexible.

— E… en el palacio imperial…

Los altibajos de las líneas de flexión del osciloscopio disminuyeron considerablemente.

— Parece que ahora dice la verdad —sonrió Andrés—. ¿En qué parte del palacio?

— Prisionero, no sé más.

La pantalla se iluminó y apareció una panorámica general del palacio imperial. Andrés hizo un gesto de satisfacción.

— Esto marcha por buen camino —dijo.

— ¿Quién lo tiene prisionero? —preguntó Physis.

— La emperatriz, por supuesto.

La imagen del palacio desapareció y en su lugar se dejó ver la cara de Glaia.

— ¿Por qué? —inquirió Vuddox.

— Lo ignoro.

Rayas alternativas muy agudas aparecieron en el osciloscopio. Physis lanzó una exclamación de enojo:

— ¿Cuándo se va a convencer de que le conviene decir la verdad? —dijo.

Fayc-Dorh estaba a punto de echarse a llorar.

— Ese artefacto parece inventado por el diablo… Aquí no he visto yo nada semejante…

— Porque no existe —sonrió Andrés—. Vamos, conteste de una vez. ¿Por qué está prisionero Koff Ung?

— La… la computadora… cuando se le consultó acerca de la mujer conveniente como esposa para el príncipe heredero… dio una respuesta y a la Emperatriz no le gustó. Decidió que la respuesta fuese… ella.

La barbilla de Fayc-Dorh apuntó temblorosamente a Physis.

— ¡Vaya! —resopló la muchacha—. Conque ahora resulta que esa vieja bruja me quiere para nuera porque sí y no porque lo diga la máquina.

— Así es —convino Andrés, sonriendo—. Puesto que Fayc-Dorh ignora dónde está su subordinado, en lo cual dice verdad, lo más conveniente, creo será que vayamos a palacio para resolver definitivamente el problema.

— No resultará fácil —dijo Physis desanimada.

— Ya lo sé, pero es la única solución que nos queda —insistió el terrestre.

— Estoy de acuerdo contigo —manifestó Vuddox—, pero, ¿qué hacemos con este pajarraco? Podría avisar al palacio y…

— Eso se soluciona fácilmente —sonrió Andrés—. Vamos a dejarlo bien atado y ello nos dará tiempo de sobra para llegar al palacio.

Minutos más tarde, se dirigían hacia la salida. En la puerta, Physis se volvió hacia Andrés para hacerle una pregunta:

— Todavía no sé por qué Glaia quiere que me case con su hijo. ¿Lo sabes tú, Andrés?

El joven creyó llegado el momento de revelar la verdad.

— Physis —contestó en tono solemne—, resulta que eres la hija de Quool XXI, rey-emperador de Kharawor. Por eso quiere Glaia que te conviertas en su nuera.

Capítulo XIII

Physis soltó una estridente risotada.

— Yo, la hija de Quool —exclamó—. Andrés, no he oído nada más divertido en los días de mi vida.

Andrés no contestó. Se hallaba muy enfrascado en su cuaderno de dibujo.

— Así es, Physis, por raro que pueda parecerte —confirmó Vuddox.

— Pero si yo siempre he vivido con mis padres. Conservo perfectamente los recuerdos propios de mi niñez, desde que, como toda persona, empezaba a tener noción de las cosas —alegó Physis. Y añadió—: Soy una de Juln, sin la menor duda.

Physis entrecerró los ojos.

— De modo que Grin dice que yo soy la hija de Quool, ¿eh? Y, ¿cuántas hijas tiene el pez más gordo de Kharawor?

— Una, una tan sólo: tú —contestó Vuddox.

— ¿Y ahora se acuerda de mí? ¿Cuántos años hace que falto de mi planeta?

— Unos doce, aproximadamente. Un viejo mercader la raptó un día, con ánimo de quedársela en su serrallo particular cuando la chica creciese. Entonces, tenías trece y ya dabas muestras de una belleza excepcional.

— Lo siento, Grin, pero te equivocas de medio a medio —dijo Physis—. A los trece años, yo estaba estudiando la Iniciación a las Artes Matemáticas, a fin de conseguir un día mi grado de profesora en esa disciplina. Esto, por un lado; por otro, en cuanto tenga ocasión, te presentaré a mis dos hermanas, Maydia y Juria, con las que me llevo un año y dos de diferencia de edad, respectivamente. Observarás el extraordinario parecido que existe entre nosotras, hasta tal punto que muchos nos consideran nacidas el mismo día.

Hubo una corta pausa de silencio. Vuddox tenía la boca abierta de par en par.

— Ah —agregó Physis—, y por si te sirve, te daré otro dato fundamental; desde que cumplí los trece años, sólo han pasado diez y no doce como en el caso de la hija de Quool XXI.

Vuddox estaba anonadado. Andrés, sin dejar de mover el lápiz, había oído todo con la sonrisa en los labios.

— Pero entonces, por todos los diablos —exclamó Vuddox—, ¿cómo es que la vieja se empeña en que tú eres la hija de Quool?

Physis se encogió de hombros.

— No tengo la menor idea, pero, recuerda, hizo que falsearan las indicaciones de la computadora para «favorecerme» a mí.

— ¡Aguarda un momento! —exclamó Vuddox de pronto—. Quiero ver tu brazo izquierdo, el sector junto al hombro.

Physis se quitó la blusa parcialmente. Vuddox hizo un gesto negativo.

— No, no eres la hija de Quool —decidió al cabo—. Falta el tatuaje característico de la dinastía.

— ¿En qué consiste? —preguntó Physis.

— Cinco estrellitas de oro, formando un pequeño pentágono. Todos los herederos del trono lo llevan desde tiempo inmemorial.

— Bueno, me quitas un peso de encima —sonrió Physis.

Andrés dejó de mover el lápiz.

— A mí, lo que me gustaría saber es por qué Glaia se equivocó y te eligió para esposa de su hijo —manifestó.

— ¿No vamos a ir a su palacio? —preguntó la muchacha.

— Por supuesto.

— Entonces, allí encontraremos la solución.

— Sí, pero ¿cómo vamos a entrar en palacio? —indicó Vuddox.

— De la manera más sencilla posible —contestó Andrés, señalando los dibujos que tenía sobre la mesa.

— No comprendo…

— Lo sabrás a su debido tiempo. ¿Quieres comprobar la presión de los propulsores individuales?

— Claro.

Minutos después, Vuddox informaba que todo estaba listo para la marcha. Andrés echó un vistazo por la ventana al exterior y halló que todavía era de noche cerrada.

— Aguardaremos al amanecer —dijo—. Es la mejor hora.

Estaba cansado y se tendió en un diván. Bostezó.

— A propósito, ¿cómo se llama la hija de Quool? —quiso saber.

— Ebhynia —contestó Vuddox.

Andrés volvió a bostezar.

Cerró los ojos. ¿Qué haría cuando todo se hubiese solucionado? ¿Volver a la Tierra?

Ahora ya conocía la continuación de la historieta que él había dejado a medio dibujar, con Physis atrapada por la planta carnívora. Sí, conocía la continuación, pero no el final.

Tendría que esperar a hallarse en el palacio imperial para saber cómo terminaba aquella aventura.

Y entonces, ¿volvería para acabarla gráficamente en la Tierra o se quedaría para siempre en Swaldar?

* * *

— Es un hombre que posee unas facultades prodigiosas, señora —dijo Fayc-Dorh.

Glaia miró asombrada al general Kor-Harn.

— ¿Qué dices tú? —preguntó.

— Sólo una cosa, señora; eso explica todos nuestros fracasos —contestó el jefe de la guardia imperial.

— Debe ser un hombre maravilloso —suspiró la emperatriz—. ¡Cómo me hubiera gustado que fuese así mi hijo! Está luchando desinteresadamente por algo que, en realidad, no le concierne, impulsado por el ardor y la nobleza juveniles que le poseen… General, te guste o no, debo decirte que lo admiro.

— Sí, pero tiene a la hija de Quool en su poder.

— Eso sí es cierto —dijo Glaia, mordiéndose los labios. Hizo un gesto con la mano—: Puedes irte, Fayc-Dorh.

El Director-Consultor se retiró, dejándolos solos. Glaia miró al general.

— ¿Qué opinas tú? —le preguntó.

— Ese extranjero vendrá. Tiene que libertar a la familia de Physis. Entonces le esperaremos nosotros. Les esperaremos, mejor dicho —puntualizó Korn-Harn.

Glaia hizo un signo de asentimiento.

— Voy a darte una orden, general —dijo—. He cambiado de opinión. Le quiero vivo, ¿estamos?

— Ese hombre nos resultaría muy útil, señora —sonrió Kor-Harn —. Lo tendremos vivo, descuide.

Ella entornó los ojos.

— Has hablado en plural —dijo.

Kor-Harn carraspeó.

— No quisiera haberte molestado, señora —se disculpó.

— No me has molestado, general —sonrió ella. Y preguntó—: Tú también eres viudo, ¿verdad?

— Desde hace seis años, señora —contestó.

Capítulo XIV

— Oye —dijo Xelia—, ¿sabes que tienes un alojamiento precioso? ¿Son así todos los alojamientos de la tropa?

— Psé… —contestó Mareshan con aire indiferente—. La vieja nos trata muy bien, eso es todo.

— Caramba, pues si así vive un soldado, cómo vivirá el general —exclamó, Xelia, sinceramente admirada.

Mareshan regresó junto al diván en que estaba sentada la chica y le entregó una de las dos copas que había traído consigo.

— Bebe, preciosa —dijo.

Xelia tomó un sorbo. Después hizo una observación:

— ¿Podrás prestarme luego diez unidades? Tengo que comprarme un vestido nuevo…

— Te daré veinte —prometió Mareshan. Despachó su copa, la dejó a un lado y se inclinó sobre ella, rozando con los labios su brazo izquierdo—. Tienes una piel preciosa, ¿sabes?

— Me cuido, simplemente, Bnomo, eso es todo.

— Y el tatuaje es precioso. ¿Quién te lo hizo?

Xelia se encogió de hombros.

— No lo sé. Siempre lo he tenido —contestó.

— ¿Eres de Swaldar?

— Supongo.

— ¿Cómo supones? ¿Es que no lo recuerdas?

Xelia dejó de sonreír. Se reclinó en el diván y miró al infinito.

— Ignoro todo lo concerniente a mi vida anterior, a partir de los trece años —dijo—. Sospecho que alguien me dio una droga y he perdido la memoria de esa época anterior de mi vida…

— Los médicos podrían devolvértela —sugirió Mareshan.

— ¿Para qué? El pasado no sirve de nada —contestó Xelia con indiferencia—. Lo único que recuerdo es que estaba en casa de un viejo mercader, muy bien tratada y vestida lujosamente. Un día, sin

embargo, cuando ya había cumplido los dieciséis años, el viejo entró en mi habitación y… bueno, imagínate lo que buscaba. Pero como yo no quería, le pegué un buen porrazo y me escapé. Después… años después, claro, me encontré contigo —terminó, riendo fuertemente.

— No cabe la menor duda, ha sido un encuentro afortunado —dijo Mareshan. La abrazó con fuerza y la atrajo hacia sí—. Y yo creo que es hora de que celebremos ambos la fortuna de este encuentro.

— Sí —dijo Xelia lacónicamente.

Los labios de la pareja se unieron, pero fue un beso fugaz. Apenas lo habían iniciado, se oyó un estridente chirrido.

— ¿Qué es eso? —preguntó Xelia, extrañada.

— La alarma —contestó Mareshan—. Alguien ha entrado en el recinto sin permiso… pero no te preocupes; la guardia dará buena cuenta del intruso.

Ella le miró asombrada.

— ¿No acudes tú a la llamada? —preguntó.

— La única llamada a la cual pienso acudir es a la tuya —contestó Mareshan apasionadamente.

* * *

Sostenida por los dos hombres, Physis aterrizó en el suelo y ellos lo hicieron al mismo tiempo. Los tres contemplaron el amplio recinto que se extendía ante ellos en la penumbra del amanecer.

— ¿Tienes alguna idea de dónde puede encontrarse Koff Ung? —preguntó Andrés.

— No, en absoluto. Recuerda que ni siquiera Fayc-Dorh lo sabía. Sólo pudo decimos que está aquí, pero eso es todo.

— Muy bien, vamos a ver si encontramos su calabozo.

— La guardia nos verá —alegó Vuddox.

Andrés sonrió.

— No temas —dijo.

Sacó el cuaderno y, esta vez, en lugar del lápiz, la goma de borrar. Instantes después, los tres habían desaparecido.

— Demonios —dijo Vuddox—. ¿Dónde está mi cuerpo?

—En el mismo sitio, sólo que no se ve —contestó Andrés riendo —, Bueno, vamos a ver si pasamos al otro lado. Physis, tu mano.

El trío se elevó de nuevo. Estaban totalmente invisibilizados, pero no por ello dejaban de ver los detalles del ambiente.

Volaron por encima de una altísima tapia que circundaba el recinto. De pronto, al pasar justo sobre su vertical, estalló un ruido estridente.

— ¡La alarma! —dijo Physis, asustada.

— No te preocupes; es de todo punto imposible que puedan vernos —la tranquilizó el terrestre.

Las luces se encendían por todas partes, agregándose a las que ya estaban encendidas. Los soldados de la guardia corrían velozmente a ocupar sus puestos de combate.

Andrés divisó de pronto a una pareja de soldados que guardaban una puerta de pequeñas dimensiones, situada en un lugar más bien discreto. Un súbito presentimiento asaltó su imaginación.

— Por aquí —indicó.

Volaron cincuenta o sesenta metros más y aterrizaron junto a los guardias. Un oficial se acercó a ellos y les dio una orden a gritos:

— ¡Cuidado con el prisionero! ¡Tirad a matar si intentan liberarle!

Andrés sonrió satisfecho.

— He acertado —murmuró.

Estudió a los guardias un momento. Luego, acercándose por detrás, tanteó delicadamente los ropajes de uno de ellos, hasta encontrar una llave.

Los guardias estaban vueltos de espaldas a la puerta. Andrés manipuló en la cerradura, hasta abrirla del todo.

El jaleo era mayúsculo. Se oían gritos y voces por todas partes.

De repente, dos pares de manos tiraron bruscamente de los guardias, haciéndoles atravesar la puerta contra su voluntad. Dos puños golpearon de modo contundente sendos cráneos y la resistencia de los soldados cesó en el acto.

Una escalera de caracol apareció ante los intrusos. Andrés, todavía invisible, empezó a descender con suma cautela.

Al llegar abajo, divisó a otro guardia. Se acercó a él y lo dejó fuera de combate de un seco puñetazo en la mandíbula. El hombre cayó, sin saber lo que le había pasado.

Andrés le arrebató la llave del calabozo y abrió la puerta. Un hombre se puso en pie.

— ¿Vienen a matarme? —preguntó.

— Nada de eso, Koff Ung. Venimos a liberarle —contestó Andrés.

* * *

Koff Ung contemplaba asombrado el lápiz y el cuaderno que aparecían suspendidos en el aire.

— Es increíble —dijo—. Me cuesta trabajo aceptar la realidad…

— Pero es así —contestó Andrés desde su estado de invisibilidad —. Vuelva un poco la cara, por favor.

Koff Ung obedeció.

— Así está mejor —dijo Andrés—. Ahora, por favor, díganos qué sucedió para que viniera a parar al fondo de este calabozo.

— Sencillamente, me negué a colaborar en el engaño —contestó el Consultor-auxiliar de la computadora.

— ¿Qué engaño? —preguntó Physis.

— La emperatriz decidió que su hijo debía casarse. Según la ley, es la computadora quien ha de elegir a la esposa del príncipe, de acuerdo con los cientos de miles de millones de datos que tiene almacenados en su memoria electrónica.

— Pero me eligió a mí. ¿Por qué? —preguntó la extrañada Physis.

— Un momento —dijo Vuddox—. ¿Quién te eligió? La máquina o la emperatriz.

— La emperatriz, naturalmente.

— ¿Por qué no dejamos que Koff Ung siga explicándonos el resto de la historia? —sugirió Andrés, sin dejar de mover el lápiz.

— La máquina había elegido a otra chica. Glaia decidió que debía ser Physis de Juln —manifestó Ung.

— Aún no lo entiendo —dijo ella.

— Está claro. Glaia cree sinceramente que eres la hija de Quool —explicó Vuddox.

— Pero ¿de dónde diablos se ha sacado ese disparate? ¿Es que no tiene un magnífico servicio de información?

— Quizá por eso mismo, Physis —intervino Andrés.

El primer retrato de Ung estaba terminado. Andrés empezó el segundo.

— Yo creo que aquí falta todavía alguna explicación —insistió la chica.

— ¿Ung? —dijo Vuddox.

— La máquina dio otra indicación, pero Glaia decretó que debía ser ella —repitió Koff Ung.

— Bueno, bueno —dijo Andrés calmosamente—, tratemos de deslindar con claridad las diferentes partes del asunto a fin de llegar a una conclusión irrebatible. ¿Cuál fue el veredicto de la máquina, Ung?

— Dio un nombre y una dirección: el nombre es Xelia Hhir. La dirección es línea 200, número 38.475, departamento A.

— ¡Xelia! —exclamó Physis—. Vive frente a mi casa, en el departamento B, del mismo edificio.

— ¿Cómo? —respingó Andrés—. ¿La conoces tú?

— No he hablado mucho con ella. Su género de vida es muy distinto al mío.

— ¿En qué trabaja? —preguntó Vuddox.

— Xelia no trabaja —contestó Physis, felicitándose de que la invisibilidad impidiera ver el rubor que había surgido en su cara—. Lo que hace es… revolotear por ahí.

— Bonito oficio —sonrió Andrés—. ¿Es guapa?

— Bastante.

— De modo que la máquina eligió a Xelia y Glaia decidió que Physis debía ser la esposa de su hijo —habló Vuddox.

— A fin de cuentas —dijo Andrés—, sólo se trataba de la diferencia del par de metros que debe de haber entre puerta y puerta, ¿no es eso, Physis?

— No cabe la menor duda —dictaminó Vuddox—. Glaia tomó informes de las dos chicas y, naturalmente, eligió a Physis.

— Pero Ung se negó a secundar la trampa y por eso lo encerró aquí.

— Así es —confirmó el aludido—. Bueno, ¿qué objeto tienen esos dibujos? —preguntó.

— Sencillamente, convertirte en un hombre invisible, como lo somos nosotros. Luego haremos lo propio con la familia de Physis —respondió Andrés.

Capítulo XV

— Están en el calabozo de Ung —informó el general.

Glaia contempló el recinto a través de la ventana. Tenía los labios fuertemente fruncidos.

— ¿Qué hacen allí? —preguntó.

— Lo ignoro. Llevan ya mucho rato y no tienen trazas de salir.

— ¿Por qué no ordenas que cierren las puertas?

— ¿Para qué? Las abrirían de todos modos.

— Entonces, ¿a qué esperas para capturarlos?

— Yo mismo he bajado al calabozo. Ung hablaba con alguien, eso es seguro, pero no los he visto.

— General, me has dicho que están allí…—habló la emperatriz, impaciente.

— Señora, ese extranjero posee unos poderes fabulosos… incluido el de la invisibilidad.

Glaia se quedó estupefacta.

— ¿Seguro, general?

— No cabe la menor duda, señora.

— Es fantástico. Un hombre así me convendría extraordinariamente…

— Al contrario, lo que convendría es eliminarlo. Podría sentir un día la ambición de ocupar tu puesto o el de tu hijo.

Glaia empezó a juguetear con un pesado collar que descansaba sobre su vasto pecho.

— Puede que tengas razón —contestó—. En todo caso, ¿cómo piensas capturarlos, general?

Kor-Ham sonrió.

— Redes primero —contestó—. Después, vaporizadores de narcótico.

— No es mala idea. Un hombre invisible no es incorpóreo,

¿verdad?

Kor-Harn hizo una pequeña reverencia.

— Así es, señora.

— De acuerdo, general. Tráelos aquí apenas hayan sido capturados y, en cuanto los tengamos a mano, Mareshan se casará con la chica, aunque tenga que ordenárselo a puntapiés.

* * *

Lo primero que hizo Andrés al abrir los ojos, fue palparse las ropas. Inmediatamente, notó la falta del cuaderno y del lápiz.

— Los tengo yo —dijo una voz de mujer.

Andrés fijó los ojos en aquella voluminosa mujer, cuyo peso calculó en más de cien kilos. Kor-Harn estaba a su lado.

— No te veo, pero sí podemos ver las ligaduras que sujetan tus pies y los de tus compañeros —siguió Glaia—. ¿Cómo has conseguido la invisibilidad, extranjero?

La mente del joven estaba todavía embotada por el narcótico, aunque sentía que los efectos se disipaban con rapidez. A su lado, Physis y los demás empezaron a rebullir.

— Dame mi cuaderno y mi lápiz y te lo demostraré —contestó.

— Ponte en pie —ordenó Glaia.

Andrés obedeció. Tenía los tobillos sujetos por unas argollas metálicas, pero podía mover los brazos libremente.

— ¿Por qué te has metido en este jaleo? —preguntó Glaia.

— Ella me lo pidió. No quiere casarse con tu hijo.

— Se casará —aseguró la emperatriz fríamente.

— ¿Por qué? ¿Porque es la hija de Quool? Estás equivocada: la verdadera hija de Quool es otra chica.

— No discutas mis decisiones —gruñó Glaia—. Y hazte visible inmediatamente; me fastidia mucho hablar con una persona a la que no conozco.

Andrés sonrió.

— Estás amargada, señora —dijo.

Glaia respingó.

— ¿Qué diablos…?

— Un poco más de respeto, extranjero —dijo el general agriamente—. Ella es la emperatriz…

— Antes que nada es una mujer y está amargada —insistió Andrés—. No es que sea una chiquilla, pero tampoco es una vieja. Pero ha perdido el humor y eso la hace mucho más vieja todavía. ¿Me equivoco?

Glaia apretó los labios.

— Sigue —pidió secamente.

— Primero, estás gorda y, a decir verdad, nunca fuiste una belleza. Eso condicionó tu carácter desde siempre. Y, segundo, no se puede decir que tu hijo sea un compendio de virtudes…

— Mi hijo es un golfo —mascullló Glaia.

— Pero se casará con la hija de Quool —terció el general.

— ¿Con Physis? —preguntó Vuddox, ya recuperado.

— Sí, con Physis.

— Te equivocas, general. Physis no es la hija de Quool, por mucho que te empeñes en ello.

— ¡Maldita sea! —gritó la emperatriz, furiosa—. ¿Queréis haceros visibles de una vez?

Andrés se acercó a la mesa donde estaba el cuaderno y empezó a manipular en las hojas donde estaban los retratos. Segundos más tarde, los cuatro prisioneros habían adquirido de nuevo su corporeidad.

Glaia contempló admirada a Physis.

— Es preciso reconocer que eres una chica muy hermosa —declaró.

— Pero yo no quiero casarme con tu hijo, ni aunque lo ordene la computadora —contestó ella.

— La computadora señaló a otra chica que, casualmente, vive frente a Physis. Tú tomaste informes de ambas y elegiste a Physis, ¿no es cierto? —adivinó Andrés.

— Sí, justamente —admitió la emperatriz—. La otra es… una chica frívola, por decirlo de alguna manera.

— Como sea, Physis no es la hija de Quool.

Vuddox insistía en el mismo tema. Glaia le miró fijamente.

— ¿Cómo puedes saberlo? —preguntó.

— Le falta el tatuaje de su dinastía —contestó el agente de Khrawor—. Es una prueba irrefutable y que no se puede borrar de su cuerpo como no sea arrancándole el brazo.

— ¿Cuál es ese tatuaje? —preguntó Glaia.

— Cinco estrellas de oro en la parte alta del brazo izquierdo, en forma de pentágono.

— ¿Quién diablos habla aquí de esas cinco estrellas? —preguntó Mareshan, irrumpiendo en la sala.

* * *

— De modo que Mareshan se trajo aquí a la hija de Quool —dijo Andrés, atónito.

— Sí —admitió el general de mala gana—. Lo hace con frecuencia. Se pone un uniforme de Soldado y…

— ¿Qué dirá Quool cuando sepa que su hija es una… ? —se lamentó Vuddox.

— La culpa no es suya —habló Andrés—. Pero todas estas cosas se olvidan, cuando la persona hace luego una vida ordenada y decente.

— ¿Al lado de Mareshan? —dudó Vuddox.

— Suponiendo que ella quiera casarse con él, ahora que ya conoce su identidad. Y, claro está, falta el consentimiento de su padre.

— Ebhynia tiene veinticinco años. Ya no le hace falta.

Andrés paseó la vista por los circundantes. Glaia aparecía a la vez perpleja, furiosa y satisfecha. Iba a conseguir sus deseos, pero los antecedentes de Ebhynia la disgustaban muchísimo.

— Mareshan no es un hombre guapo, precisamente —dijo Physis.

— Lo peor de todo es su carácter —murmuró Andrés—. Y ello viene, como en el caso de su madre, condicionado por su aspecto físico.

— Esto se tiene que solucionar de algún modo —habló Glaia en alta voz—. Es secreto de estado, de modo que no se puede divulgar bajo ningún concepto.

— ¿Piensa ordenar que nos ejecuten? —preguntó Andrés.

Glaia consultó con la mirada al general. Kor-Harn hizo una mueca.

— No me gustan las matanzas —contestó—. Pero he de asegurar vuestro silencio. Opino que la prisión perpetua es lo mejor.

Andrés se aterró.

¡Iba a quedarse encerrado en un calabozo de por vida!

— Buena idea —aprobó la emperatriz.

— Un momento —dijo Andrés, levantando la mano.

Varios pares de ojos le contemplaron con interés.

— Habla —ordenó Glaia.

— Será a solas contigo —contestó el terrestre.

— ¡Cuidado! —advirtió Kor-Harn—. Puede tratarse de una trampa.

Andrés levantó ambas manos.

— Estoy desarmado —dijo.

— Hablaré a solas contigo —decidió la emperatriz.

Kor-Harn le entregó su pistola.

— Si ves en él algo sospechoso, dispara sin vacilar, señora —aconsejó.

Andrés sonrió de modo sibilino. Glaia movió una mano.

— Sígueme.

Andrés y la emperatriz pasaron a una estancia contigua.

— ¿Y bien? —dijo ella, una vez solos.

— Antes dije que estás amargada. Y es verdad.

— Puede —contestó Glaia con indiferencia—. No habremos venido aquí para oír lo mismo, ¿verdad?

— En efecto. Además, he podido darme cuenta de una cosa.

—¿Sí?

— Kor-Harn es un hombre que siente hacia ti una inmensa devoción. Se dejaría matar sin rechistar por salvarte la vida, en caso necesario.

— Es un buen hombre, desde luego, y fiel como ninguno.

— ¿Te gustaría que fuese tu esposo?

Glaia respingó.

— Estás loco —bufó.

— No, no estoy loco. Te has puesto encamada como una jovencita y ya estás próxima al medio siglo. Pero todavía te quedan cien años de vida, por lo menos, según el promedio swadariano… y temo que a cada día que pase irás adquiriendo más y más grasas… y tu cara no aumentará en belleza precisamente…

— ¡Calla! —gritó Glaia con voz crispada.

Andrés se echó a reír, a la vez que empezaba a dibujar.

— No te muevas, por favor —rogó—. Voy a ver si disipo de una

vez para siempre tus malos humores.

Glaia empezó a comprender y apoyó una mano en su ampuloso busto.

— Si eso fuese verdad…

— No sé de dónde me vienen mis poderes —dijo Andrés, sin dejar de mover el lápiz—. Imagino que debo de poseer una mente con una potencia fabulosa, pero debo aprovecharlo para hacer el bien a las personas a quien aprecio… porque, a pesar de las perrerías que me has hecho, te aprecio, emperatriz.

Media hora más tarde, la labor estaba terminada.

Glaia se contempló asombrada y temerosa en un espejo.

— Y eso… ¿durará mucho? —preguntó.

— Envejecerás normalmente, por supuesto, pero hasta dentro de sesenta o setenta años no tendrás el aspecto que tenías antes. —Andrés le guiñó un ojo—. Cuando Kor-Harn te proponga ir a dar un paseo por el jardín, acepta. No te lo pienses dos veces.

Glaia sonrió. De súbito se volvió hacia el joven.

— Oye, Andrés. ¿No… no podrías cambiarle la cara un poco a Ebhynia? De tipo está muy bien, estupendamente bien, pero esa cara… Podrían reconocerla y… Bueno, no resultaría muy favorable para la esposa del príncipe heredero…

— «Arreglaré» también un poco a Mareshan —dijo Andrés, sonriendo—. Ahora bien, abandona tus sueños de grandeza. Aparta esas ideas disparatadas de tu mente. No intentes dominar a tus iguales. Pero si yo estuviera en tu lugar, haría una cosa, Glaia.

— ¿Sí, Andrés?

— Acabarás casándote con el general. Abdica en tu hijo. Déjale las preocupaciones de gobierno y dedícate a la vida tranquila y apacible con tu esposo.

— No es mal consejo. Puede que lo siga —contestó Glaia agradecida.

— Lo seguirás —aseguró él—. Y Mareshan, cuando cambie de aspecto, cambiará también de carácter.

Glaia sonrió con malicia.

— Ebhyinia me ha parecido un poco enérgica. Le hará andar derecho —contestó.

* * *

— Parece que tardan —gruñó el general.

— Debe de ser una conferencia muy importante

— rezongó Mareshan.

— No les molesten. Deben tener confianza en Andrés —dijo Physis.

— Me pregunto qué le diré a Quool cuando me pregunte por el resultado de mi misión —se lamentó Vuddox.

— Sospecho que tendrá que invitarle a una boda —sonrió la muchacha—. Ah, ya están ahí.

La puerta se abrió en aquel momento. Glaia cruzó el umbral y se detuvo a pocos pasos. Andrés sonreía tras ella.

Una exclamación de asombro brotó de los labios de todos los presentes.

— ¡Cielos! —exclamó Physis.

— Esa mujer… ¿es mi madre? —dudó Mareshan.

Kor-Ham tenía la boca abierta de par en par. Ciertamente, Andrés no había exagerado, convirtiendo a Glaia en una jovencita, pero había suavizado los rasgos de su cara y arreglado un poco su ganchuda nariz, dejándole una silueta sumamente aceptable, de agradable contornos matroniles.

Andrés observó la cara del general y dio un codazo a la emperatriz. Glaia sonrió y dijo:

— General, ¿quieres acompañarme a dar un paseo por el jardín?

Andrés movió una mano.

— Acércate, Mareshan —indicó—. También tú y yo tenemos que hablar. Y luego hablaré también contigo, Ebhynia.

* * *

Physis entró impetuosamente en su casa y preguntó:

— ¿Dónde está Andrés?

— No lo sé, hija —le contestó su madre—. Ahí, en el cuarto de los huéspedes, hay un hombre que dice ser Andrés, pero que no se le parece en nada.

Physis dudó un momento, pero luego se dirigió hacia el lugar mencionado y abrió la puerta de golpe.

— ¡Andrés!

El joven se volvió y sonrió con tristeza.

— Hola —saludó.

— Has cambiado de aspecto —observó ella.

— No. He recobrado el mío natural —puntualizó Andrés—. Vuelvo a ser el hombre feo, desgarbado y cojo que era cuando viniste a pedirme ayuda. Puedo hacer un poco de trampa con los demás, para ayudarles, pero conmigo no; conmigo quiero ser absolutamente sincero.

Physis sonrió de manera deliciosa.

— A mí me gusta también que seas sincero contigo mismo —dijo.

— Gracias, Physis. Ahora voy a ver si dibujo una astronave que me conduzca de nuevo a la Tierra. Me vuelvo a mi planeta.

— Yo tengo mi propia astronave, pero si prefieres la tuya, hazla de dos plazas, Andrés.

El joven la miró con pasmo.

— Pero, Physis…

Ella le pasó los brazos sobre los hombros.

— A mí me gustarás siempre como eras cuando te conocí, porque, a fin de cuentas, tu carácter bueno y generoso no cambiará nunca. Y eso es lo más importante en un hombre, ¿comprendes?

— Oh, Physis…

La muchacha le miró con infinita dulzura.

— No irás ahora a decirme que no estás enamorado de mí, ¿verdad?

Momentos después, Andrés expresó una duda.

— ¿Qué dirá tu familia cuando sepan que vienes conmigo?

Physis rió alegremente:

— Querido, voy a hacer lo mismo que hizo mi madre cuando se casó con mi padre. Lo abandonó todo por seguirle —contestó.

* * *

Llamaron a la puerta repetidas veces. Andrés, frunciendo el ceño, abandonó su tablero de dibujo y se dispuso a abrir.

Una chica apareció en la puerta, una vez abierta.

— Hola, Andrés —dijo la burlona Lily—. He venido… Bueno, sé que ayer me porté muy desconsideradamente contigo… He

reflexionado mucho toda la noche y… Creo que eres un buen muchacho y que, a fin de cuentas, la apostura física no importa tanto como la personalidad y el carácter…

Andrés se quedó callado un momento. ¡De modo que todas aquellas aventuras le habían sucedido en el transcurso de una noche! ¿No las habría soñado?

Una voz soñolienta interrumpió de repente sus reflexiones.

— ¿Quién es, querido?

Andrés se puso rígido. Lily abrió los ojos desmesuradamente.

Vestida con un peinador de flotantes velos, el pelo suelto hasta la cintura, Physis apareció en el umbral de la puerta del dormitorio.

— Ah, tienes visita —añadió.

— Lily, te presento a mi esposa —dijo Andrés, reaccionando—. Physis, ésta es Lily, una buena amiga.

— Hola —saludó Physis, sonriendo.

— No sabía que… te hubieras casado —balbuceó Lily.

— Ha sido una boda por sorpresa —contestó él—. ¿Verdad, Physis?

— Según se mire, claro —contestó la aludida.

— E… está bien. Te felicito… les felicito a los dos. Adiós, Andrés. Adiós, señora.

Andrés cerró la puerta.

— Tú te quejas de feo, pero me parece que eres un sujeto al que tendré que atar corto —dijo Physis en tono malicioso.

— Con tus brazos, por supuesto —sonrió él, avanzando a su encuentro.

— Con mis brazos —convino ella, ofreciéndole los labios.

Por encima de los hombros de su esposa, Andrés contempló los dibujos finales de la historieta. Curioso, él y Physis aparecían en la última viñeta en la misma posición en que ahora se encontraban.

La aventura había sido real, por tanto, se dijo. Pero no lo lamentaba.

Y quizá corriese más adelante una nueva aventura, cuando inventase otra historia. A fin de cuentas, estaba seguro de salir con bien de todos los peligros.

Disponía del arma más poderosa, de un arma sin límites: su mente.

FIN